EL HUERFANO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

SATURIO A. MONTEQUIN.

Representado por primera vez en el teatro de Oviedo, el 5 de junio de 1873.

OVIEDO:
IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE BRID Y REGADERA.
1873.

EL HUERFANO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

Saturio Alvarez Montequin.

Representada por primera vez en el teatro de Oviedo, el 5 de junio de 1873.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia
1264

OVIEDO:
Imp. y lit. de Brid y Regadera.
1873.

721482

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elhuerfanodramae00alva

AL CIUDADANO
JOSE GONZALEZ ALEGRE Y ALVAREZ,
REPRESENTANTE DEL PUEBLO.

Seguro estoy, mi querido Pepe, de que no creerás que te dedico este drama, con el fin de alcanzar una proteccion que no ambiciono. Te lo dedico por que, individualista como yo, pero mas que yo entregado á la defensa de los derechos inherentes á la personalidad humana, hay entre los dos un motivo de poderosa simpatía que constantemente nos atrae, y que tal vez sintetiza el pensamiento de la presente obra.

Encontrarás seguramente en el desarrollo de EL HUERFANO, *muchas de las razones que obligan á considerar como un crímen inaudito la imposicion de la inícua pena bárbara de muerte; y algunos tambien de los conceptos, que, con tanta lucidez como elocuencia, has espuesto à la pùblica consideracion en los círculos, ateneos y periódicos.*

Prosigue, pùès, mi querido amigo, por la senda harto escabrosa que atraviesas. Probablemente, en tu trànsito, tan solo llegarás á recoger las mas punzantes espinas; pero tén en cuenta que el tiempo siempre es justo, y él se encargará de tejer para tí una corona de rosas, consagrándote ademàs un envidiable recuerdo.

Solo temo que EL HUERFANO *no sea digno de llevar à su frente tu buen nombre. Supla entonces el escelente deseo de tu invariable amigo,*

SATURIO.

Oviedo 14 de Junio de 1873.

Personajes.	Actores.
La Marquesa.....	D.ª Rafaela Garcia.
Purificacion.....	Josefina Samper.
El Marques.....	D. Manuel Mendez.
El Conde de Peñaflor.....	Juan Garcia.
Andres.....	Cárlos Sanchez.
El Doctor.....	Tomás Infante.
Julio.....	Leopoldo Valentin.

La accion se supone en Madrid, año de 1862. Comienza á las dos de la tarde, y concluye á las doce del siguiente dia.

La propiedad de esta obra pertenece à su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería-Dramàtica y Lírica titulada El Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que previene la ley.

ACTO PRIMERO.

Salon de gusto moderno en el palacio del Marqués. Al fondo galeria, que, por la izquierda (actor), comunica con un jardin; por la derecha con la entrada del palacio. Dos puertas, una enfrente de otra, en segundo término, que dán paso á las habitaciones del Marqués y la Marquesa. En primero idem, puerta à la derecha que va al cuarto de Andrés, y un balcon á la izquierda, que dá vista al jardin y á la calle. Cerca del proscenio un sofá, y delante un velador con algunos periódicos y un bastidor pequeño con un lienzo blanco. Sillas, butacas, etc. de mucho lujo. El balcon estará abierto en los actos primero y tercero, y cerrado en el segundo. Durante este, que es de noche, aparecerán iluminados el salon y la galeria.

ESCENA PRIMERA.

El Marques, el Doctor.

Doctor. (*Dejando un periódico*)
Pués la situacion es crítica.

Marques. (*Después de dejar otro periódico.*)
Y muy de cerca me toca,
aunque siempre tuve poca
aficion á la política.
Léo en alguna ocasion
los diarios, porque me obliga
esa constante enemiga
que hay entre Andrés y Leon.

Doctor. Andrés obra como cada
político en su partido;

mas no creo haya ofendido
jamás á su hermano en nada.
¡Pués si Andrés todo es bondad!
Bien que, en cambio, su excelencia,
tiene grande la eminencia
de la irascibilidad.
Su organismo, por lo mismo,
posée un defecto fatal.
Así lo dijera Gall
si estudiara su organismo.
No hay, puès, que culpar á Andrés,
cuando el ministro se irrita;
es la eminencia maldita
que le subyuga, Marqués.

MARQUES. Usted firme en su manía.

DOCTOR. Como que es casi axiomática
ò una verdad matemática
toda la frenología.
El método es instantàneo;
para apreciar el genial
que distingue à cada cual,
basta contemplarle el cráneo.
En sus circumboluciones,
y suturas, y hundimientos,
se advierten los pensamientos
que engendran nuestras pasiones.
Conservo, en prueba, gran cópia
de datos, son infinitos;
crea usted á piés juntitos,
Marqués, en la cráneoscopia.

MARQUES. Imposible: hallo un abismo
de males en ese tema.
Hay en Gall y su sistema
bastante de fatalismo.
A ser cierto, al criminal
no hay por que se le encarcele;
si obra mal, es que le impele
su organismo siempre al mal.
De modo, que si un ladron
pone mi vida en un tris...

DOCTOR, ¿Pues qué, es un grano de anis
acaso la educacion?

Es tal, que ensancha el recinto
que ocupa la inteligencia,
y tan grande su influencia
que modifica el instinto.
En esto debe pensar
el legislador prudente;
pués más vale ciertamente
educar, que castigar.

MARQUES. Eso es cierto, y debe ser
estudiado aquel arcano.
Pero volviendo á mi hermano,
me dà bastante que hacer
con su génio. A mi, que fundo
en mi mujer, en mi hija,
y en Andrés, cuanto cobija
del mas agradable el mnndo;
me hace oir alguna homilia
digna de un padre furioso,
privándome del reposo
que apetezco en mi familia.

DOCTOR. Pués yo, aunque soy su doctor
y las dolencias le curo,
tambien, al presente, apuro
parte de su mal humor.
Gasta poca complacencia
con migo, por que su hijo,
á lo que entiendo, le dijo
aquello de la eminencia.
¡Bien se pueden igualar!
Lo cierto es que don Leon
me falta en esta ocasion.
Se lo debo á usted contar.
—Desde que dejé el colegio,
fuí para estudiar fanático
y descubrí un hemostático
del que tengo privilegio.
No hay hemorràgia ninguna
que á mis frascos se resista;
por supuesto, andando lista
la aplicacion oportuna.
Ahora bien ¿no es de razon
que un ministerio cualquiera

para el ejército adquiera
de mis frascos un millon?
Pués nada: así es que desmayo;
siendo don Leon mi amigo,
ni que autorice consigo,
con su presencia, un ensayo.
Pero que se acerca advierto.

ESCENA II.

CONDE.—DICHOS.

CONDE. *(Desde el foro.)*
¿No hay quien tome este gaban?
¿Los criados donde están?
¿O esta casa es un desierto?
(Aparece un criado, de librea, que recibe el gaban y se retira.)

DOCTOR. *(Dirigiéndose al Marqués.)*
Lo que es hoy está furioso.

MARQUES. Dios me tenga de su mano.

CONDE. *(Entrando en el salon.)*
Hola, Doctor; hola, hermano.

DOCTOR. ¿Cómo và? ¡Está usted vilioso!
Grave tormenta me augura.

CONDE. Y con razon para eso:
ayer se leyò al Congreso
todo un voto de censura.
Es el tal voto impolítico,
pués dice que el ministerio
no representa el criterio
de ningun bando político;
que el pais está en un trís
desde que al poder subimos,
y que si en él proseguimos
se sublevará el pais.

MARQUES. Es verdad.

CONDE. *(Irritado.)* ¿Y que es verdad?

MARQUES. Lo del voto de censura.
—El Liberal lo asegura, *(Tomando varios periódicos y volviendo á dejarlos.)*

tambien La Legalidad;
y de mi hermano Leon,
hoy ministro y presidente,
hace un elogio elocuente,
magnífico, El Revolcon.

CONDE. ¡Es para perder el juicio!

DOCTOR. *(Procurando calmar al Conde.)*
Que peligra su salud.
Si prosigue esa inquietud
le parará á usted perjuicio.
Tenga usted calma, paciencia.

CONDE. ¡Paciencia! Ya se me acaba.

DOCTOR. *(Variando de tono.)*
Es verdad, se me olvidaba
la consabida eminencia.

CONDE. ¡Calma!...

DOCTOR. ¿No la tengo yo
mayor que ningun flamàtico,
aunque lo del hemostático
prosigue in statu quó?

CONDE. *(Irritado.)* ¡Señor Doctor!...

DOCTOR *(Sin hacerle caso.)* Adios.—Pura,
(Dirigiéndose al Marqués.)
queda mucho mas tranquila;
los paseos y la tila
asegurarán la cura.

MARQUES. ¿Volverà usted?

DOCTOR. Por la noche.
(Dirigiéndose al Conde.)
Esta tarde habrá quimera;
Si la vílis se exaspera,
mande usté á buscarme el coche.

ESCENA III.

EL CONDE, EL MARQUES.

CONDE. ¿Está mala mi sobrina?

MARQUES. Ligeramente indispuesta.
Habló ayer Andrés de un reo
de quien hizo la defensa

hace dias; y al saber
Pura, que quizá le espera
el patíbulo, quedó
insensible. Vá ya buena.

CONDE. ¿Y por que un hombre tan solo
mande al verdugo la audiencia,
ya se desmaya Purita?

MARQUES. *(Muy seco.)*
„¡Un hombre tan solo!..." Féa,
por no usar otra palabra,
es la frase. Mucho cuesta
y mucho vale la vida
de uno solo: además, median
circunstancias que las leyes
de España no consideran.
El Huérfano, asi le llaman,
perdió à su madre cuando era
de muy corta edad; el padre,
después de causar la pérdida
de la infeliz que le amaba,
huyó... sin mas consecuencias.

CONDE. ¿Y bien? *(Pensativo.)*

MARQUES. El pobre muchacho,
anduvo de puerta en puerta
llorando, cubierto solo
de harapos, con la miseria
por guia, sin que los hombres
ninguna idea le dieran
de las virtudes!.. Después,
faltas cometió tremendas
que va à curar el verdugo!..
¡Curar!.. ¡Ironía sangrienta!
¿Que vale cortar la planta,
cuando la maldad se alberga
en el suelo? Si los hombres,
en vez de erigir violentas
hecatombes, levantasen
buenos asilos y escuelas,
en breve se extinguiria
el Molóch de nuestra época:
que ódia la instruccion el crímen
y las virtudes fomenta.

CONDE. ¿Y de donde es natural
ese hongo?
MARQUES. De una aldea
pròxima à Grado, en Asturias.
CONDE. *(Muy conmovido.)*
¡Asturias! ¡Que coincidencia!
¿Con que es de aquella provincia
oriundo?
MARQUES. ¿Por que te alteras?
Estás pálido.
CONDE. *(Procurando reponerse.)* ¿Yo pálido?
¿Qué me importa que lo sea?
MARQUES. Pués, parece...
CONDE. *(Ya repuesto.)* He recorrido
con las legiones guerreras
de Isabel aquel pais.
Yo tomé á la bayoneta
el puente de Peñaflor
donde me hirieron. La reina
pagó mi accion con un título
que aquel hecho representa.
Hé aquí lo que ese bandido
me hizo recordar.
MARQUES. Pudieras
lograr su indulto.
CONDE. ¿Yo indulto?
¿Capaz de ello me contemplas?
MARQUES. Suplicándotelo yo...
CONDE. Lo mismo que si vinieran
todos mis antecesores.
MARQUES. No querrás...
CONDE. Lo que quisiera
es acabar de una vez
con esas falanges nécias,
que diariamente me ofenden
en el Congreso y la prensa.
—Tambien tu querido Andrès
pidió turno en la polémica
del voto. Pero esta tarde
soberbio chasco se llevan.
MARQUES. Si es por eso, por lo que....
repara...

CONDE. Pero me apremia
el tiempo, y quisiera hablar
con tigo y con la Marquesa.

MARQUES. *(Llamando á la puerta de las habitaciones de la Marquesa.)*
Antonia.—Luego saldrà.
Ya se acerca.

ESCENA IV.

LA MARQUESA.—DICHOS.

MARQUESA. Adios, Leon,
¿Sigues bien?

MARQUES. *(Con sorna.)* Con sofocon.

CONDE. ¿Y Pura, que tal está?

MARQUESA. Buena. ¿Como tan temprano
por aquí?

CONDE. Precisamente
por que quiero hablar sin gente
hoy con tigo y con mi hermano.

MARQUESA. Siéntate. *(Se sientan.)*

CONDE. Crèo que Tomás
te habrá ya manifestado,
que algun dia hemos hablado
de un proyecto...

MARQUES. *(Interrumpiéndole.)* Pués estás
en un error. Como es cosa
que no apura en gran manera,
ni una palabra siquiera
dije sobre ello á mi esposa.

CONDE. ¿Còmo no? *(Irritado.)*

MARQUES. *(Con calma.)* Como lo digo.

MARQUESA. No sé de qué estais hablando.

CONDE. ¿Sabes que te estás portando
inícuamente con migo?

MARQUES. *(Con calma intencionada.)*
Puès ya no puede enmendarse.

MARQUESA. ¿A qné aludis?

CONDE. Me refiero
á que Julio está soltero
y se le antoja casarse.

MARQUESA. Entonces se me figura
que vienes... *(Con cariño.)*
CONDE. *(Brusco.)* A lo que vengo
es á deciros que tengo
empeño en que sea con Pura.
(Pausa. La Marquesa se sorprende; el Marqués se sonrie.)
¿Callais? ¿No advertis que espero
alguna contestacion?
¿Que decís? ¡Por San Leon!
¿Soy por ventura algun cero?
¿Que contestais? ¡Yo me ofusco!
MARQUES. Que no quiero dar ninguna, *(Seco.)*
á esa esa especie inoportuna
dicha de un modo tan brusco.
(Aludiendo á la Marquesa.)
Que estás en presencia advierte...
CONDE. Es mi génio. *(Reprimiéndose.)*
MARQUES. *(Con dureza.)* Ház por calmarlo.
CONDE. No sé si podré lograrlo,
porque sabes que es muy fuerte.
Además, yo no se andar
con melindretes y arcanos,
mucho menos entre hermanos.
MARQUESA. Dice bien. (*Contemporizando.*)
CONDE. Vuelvo á empezar.
—Tu eres muy rico y me alegro;
marqués y grande de España,
por que una buena campaña
logrò hacer tu anciano suegro.
A mí, me sobran riquezas;
en mis títulos registro
el de conde, el de ministro,
¡que se yo! las tres noblezas.
Digo las tres y no miento,
porque fuera una quimera
suponer una cartera
en un hombre sin talento.
Sentado esto, no colijo
por que no dás tu aquiescencia,
puesto que si hay diferencia
es en favor de mi hijo.

MARQUESA. ¡Tiene razon! *(Contemporizando.)*
MARQUES. *(Sorprendido.)* ¡Como!.. Yo
nada dije todavia,
ni debo, por que podria
decirnos Pura que no.
CONDE. ¡Pura!.. Parece increible!
¿Piensas que me satisface?
¿No proyectas otro enlace
que es, sin embargo, imposible?
MARQUES. Yo, no; dime tu cual es.
CONDE. *(Intencionadamente.)*
Un enlace de sorpresa,
que asustará á la Marquesa
de seguro, con Andrés.
MARQUESA. ¡Con Andrès! *(Muy sorprendida.)*
CONDE. Mira que efecto
hace en tu esposa.
MARQUES. Estás loco.
CONDE. Pues mis frases no revoco.
(Con mucha intencion y marcado.)
Es inútil tu proyecto:
que Antonia con tus estremos
nunca querrà acomodarse,
por que no pueden casarse,
dos... que... ya nos entendemos.
MARQUESA. *(Afectada y balbuceando.)*
El enlace es desigual
ciertamente.
CONDE. Con esceso.
MARQUES. *(A su hermano lentamente.)*
Y lo decias?...
CONDE. Por eso.
MARQUES. ¿Con que por eso?
CONDE. *(Con mucha intencion.)* Si tal.
Sin perder detalle alguno,
aun converso en la memoria
cierta lamentable historia
acontecida en Balduno.
MARQUESA. (¡Dios mio!)
MARQUES. *(Ya tranquilo.)* De allí es Andrés.
CONDE. Y allí, desgraciadamente,

murió, por un incidente...
tu buena Madre.

MARQUESA. ¡Así es!
(¡Todo lo sabe!)

CONDE. *(Siempre con intencion.)* Y os dejo,
por que en esceso me apura
el tiempo. *(Dirigiéndose á la Marquesa.)* Prepara á Pura...
y hasta dále un buen consejo.
Terminada la sesion
volveré, pués me interesa.
Hasta luego. Adios, Marquesa.

MARQUES. Hasta luego.

MARQUESA. Adios, Leon.

ESCENA V.

EL MARQUES, LA MARQUESA.

MARQUES. Me estraña mucho, en conciencia,
que de un modo tan templado
haya esta vez terminado
nuestra espuesta conferencia.
Recuerdo que en nuestro trato,
me habló de lo que hoy exije;
pero yo nada te dije
por no causarte un mal rato:
pués desde luego he creido
que á un hombre, loco de atar,
no querrías entregar
nuestro talisman querido.

MARQUESA. ¿Pero es cierto lo de Andrés?

MARQUES. Nada hasta ahora he pensado.
Y te hubiera consultado
con el mayor interés.

MARQUESA. Es cierto, nada de engaños.
(Con cariño creciente.)
¡Como cuando nos unieron!
Que veloces trascurrieron
al lado tuyo los años!

MARQUES. ¡Marchan para no volver!
¡Veinte van!... Y sin embargo,

cada vez que me hago cargo
pienso que me casé ayer.

MARQUESA. Ojalá tan feliz sea
nuestra hija.

MARQUES. Dios lo hará.

MARQUESA. Y Andrés.

MARQUES. Tambien lo querrá.
(Mirando al jardin por el balcon.)
Parece que se recrea
el ánimo al verlos juntos.

MARQUESA. ¿Donde estan? ¿los ves?

MARQUES. Al fin
de esta calle, en el jardin.

MARQUESA. Es verdad. (*Apoyándose en el Marqués.*)

MARQUES. Tomemos puntos.
—Van del brazo; un mismo aliento
parece que ambos respiran.
Se paran, hácia aquí giran;
brilla en su rostro el contento.
—¿Nos vieron?—Creo que no.
—Así, mi esposa querida,
en nuestra edad mas florida
tambien te llevaba yo.
—¿Que observa entre las retamas
nuestra pareja sencilla?
—El nido que la pardilla
construyò en sus verdes ramas.
—"¿Quieres que vaya por él?"
sospecho que Andrés le dice;
pero ella le contradice,
y hasta le llama cruel.
—Tambien yo, en mi mocedad,
estudiaba tus antojos,
y eran así tus enojos,
y era así mi crueldad!
—Un tulipan, con temor,
le ofrece Andrés en su afan...
No olvides que el tulipan
es emblema del amor.
—Déjalos que gocen, pués
dudar fuera gran locura

de la inocencia de Pura
y las virtudes de Andrés.
(Se separan del balcon.)

MARQUESA. Huérfano de madre y padre,
nosotros le recojimos
cuando en Balduno estuvimos
por los restos de mi madre.

MARQUES. Pero habiendo con esmero
procurado su enseñanza,
en ciencia y virtud alcanza
un nombre imperecedero.
Entregado á la inclemencia
social, acaso estuviera
donde el huèrfano, que espera
à estas horas su sentencia...
Y, no obstante, al mundo plugo
consentir, sin repugnancia.
fuese siempre la ignorancia
pasto habitual del verdugo...
(Reparando que la Marquesa se conmueve.)
¿Pero que tienes? Estraño
la espresion de tus facciones.

MARQUESA. ¡Ya ves!.. Y las espresiones
de Leon me hicieron daño.

MARQUES. Como siempre inoportuno,
al decir que en su memoria
guardaba entera una historia
acontecida en Balduno.
Allí tu madre murió,
y esto aumenta tu interés;
pero á la historia de Andrés
pienso que se refirió.

MARQUESA. Bien puede ser. *(Afectada.)*

MARQUES. *(Mirando por el balcon.)* Mas aquí
llega la jòven pareja.
¿Y sabes que se asemeja
Andrés infinito á ti?
—Importa que de algun modo
penetres su pensamiento.
Yo estaré en este aposento
desde donde se oye todo.

—Primero hablaré un instante
con nuestra hija y con él.
(Andrés y Pura entran del brazo por el foro izquierda.)

ESCENA VI.

ANDRES, PURA.—DICHOS.

MARQUES. *(Después que la Marquesa se haya sentado en el sofá, y tomado el bastidor, en actitud de bordar.)*
Hóla, señor diputado.
¿Hombre, vienes de alquiler?
ANDRES. Nada mas justo, señor.
MARQUES. Con efecto. justo es
que al que un pecado comete,
su penitencia le dén.
PURA. ¡Papá! *(Abrazando al Marqués.)*
MARQUES. ¡Hija mia!
PURA. *(Sentándose al lado de la Marquesa.)*
¿Que haces?
MARQUESA. Poca cosa, ya lo ves.
PURA. Yo te ayudarè.
MARQUESA. Otro dia.
MARQUES. —¿Con que quedamos en que
aceptas la penitencia? *(Sonriéndose.)*
ANDRES. Desde luego.
MARQUES. Pués el juez,
después de oir al Doctor,
que hizo en esta causa de
fiscal, sentencia: que tu
y Pura. nuestro partérre
diariamente recorrais
una vez, ò dos, ó tres.
ANDRES. Sublime.
MARQUESA. *(Bordando.)* ¿Sabes, Tomás,
que te portas? Puede ser
que apele Pura del fallo...
PURA. ¿Yo? no tal. *(Con sencillez.)*
MARQUES. *(Sonriendo.)* El caso es,

que la sentencia parece
muy suave, siendo cruel.

MARQUESA. ¿Cómo?

MARQUES. ¿Olvidas que la patria
sin cesar reclama á Andrès?
¿Que su porvenir?..

ANDRES. Hay tiempo
para todo.

MARQUES. Y hoy en el
congreso, segun me han dicho,
tienes bastante que hacer.

ANDRES. (*Con notable tristeza.*)
¡Es verdad, por mi desdicha!

MARQUES. ¡Desdicha!... ¿Y así lo crees?

ANDRES. Si, señor. Tras esa gloria
que muchos encuentran en
los aplausos que consigue
mi palabra alguna vez,
hay su corona de espinas
y sus lágrimas de hiel.
Siendo agradecido, ingrato
me llegan á suponer;
y siendo yo en la amistad
lo mas consecuente y fiel,
mis contrarios en política
sònlo en la amistad tambien.

MARQUES. Te comprendo. Sin embargo,
vé á cumplir con tu deber,
que cuando habla mal la envidia,
la virtud se espresa bien.
(*Llamando á Andres aparte y hablando bajo.*)
Tratemos de otra materia.
A mi hermano le indiqué
lo del indulto.

ANDRES. ¿Y que dijo?

MARQUES. No quiere favorecer
al huèrfano.

ANDRES. Seré entonces
inexorable con él.

MARQUES. ¿Serà sentenciado?...

ANDRES. ¡A muerte!

MARQUES. ¡A muerte!
ANDRES. ¡Y acaso estê
á estas horas en capilla!
MARQUES. ¡Infeliz! *(Alto, despidiéndose de todos.)* Hasta después.
(Entra en sus habitaciones. Andrés vá á colocarse detrás del sofá, entre Pura y la Marquesa.)

ESCENA VII.

ANDRES, LA MARQUESA, PURA.

ANDRES. ¡Que atareadas!
MARQUESA. ¿Te gusta
el dibujo?
ANDRES. Es escelente;
pero sus lindos detalles
aquí apenas pueden verse.
PURA. Hay poca luz.
MARQUESA. En mi cuarto,
bordo mas frecuentemente,
que es mas claro.
ANDRES- *(Señalando el bastidor.)*
¿Y esos huecos?
MARQUESA, Ambos ocuparse deben
con letras. *(Significativa.)*
ANDRES. Si no pecara
de curioso...
MARQUESA. *(Intencion.)* No lo intentes,
por que no lo sé yo misma.
Acaso será una ese
la primera ¿que se yo?
Podrá seguir una ele;
ó llenaràn los espacios
la gé, la jota, ó la eme.
ANDRES. ¿De modo, que todavia
no hay objeto?...
MARQUESA. *(Idem.)* Es un presente
que destino al que con Pura

se case. (*Movimiento en Pura y Andrés. La Marquesa los observa.*)
Pero ya tiene.
desde hace bastantes dias,
el pañuelo un pretendiente.

ANDRES. (*Con mucho interés.*)
¿Y serán sus iniciales?...

MARQUESA. Una jota y una ene. (*Marcado.*)

ANDRES. (¡Julio Nuñez!) (*Con disgusto.*)

PURA. (*Idem.*) (Es mi primo.)

ANDRES. (*Después de una pausa, con espresion.*)
Acaso fuera prudente...
con el fin de que el bordado
con mas perfeccion saliese,
que no se apurára mucho
en trabajar.

PURA. (*Como Andrés.*) Ni conviene
por otra razon.

MARQUESA. ¿Cual es?

PURA. Que en el dibujo se advierten
algunas imperfecciones.

ANDRES. Cierto, aquella flor parece
mústia, por que el sol querido
con sus rayos no la hiere.

PURA. Así es.

ANDRES. Y toda ffor,
á quien el sol no sustente,
no llega á verter fragancia,
porque en sus albores muere.

MARQUESA. (Se adoran.) Voy á mi cuarto,
que hay mas luz, á ver si deben
correjirse los defectos
que mi dibujo contiene.
(*Con mucha intencion, aludiendo al tulipan que Pura debe tener desde su salida.*)
¿Quereis ponga en su lugar
un tulipan como este?

PURA. (¡Dios mio!)

MARQUESA. (*Mirando á Andrés.*) De su corola
el aroma se desprende,

por que un sol de primavera
sus pétalos baña ardiente.

ANDRES. (Por mi lo dice.)

MARQUESA. *(Muy séria.)* No obstante,
confiad poco en mi inerme
actitud, ya que las cosas
rodar de tal modo pueden,
que borden en el pañuelo
una jota, y una ene. *(Lleva el bastidor.)*

ESCENA VIII.

ANDRES, PURA.

ANDRES. ¿Y bien. Pura? *(Con despecho.)*

PURA. *(Idem.)* ¡Esto es cruel!
Después de oir á mi padre,
las palabras de mi madre
me parecieron de hiel.

ANDRES. Pués en mi pecho doliente,
ya sin esperanza alguna,
penetraron una á una
cual gotas de lava ardiente.
¡Que corta la dicha es,
y que contínuo el despecho!
¿Como pudo abrir mi pecho
á la esperanza el Marqués?
¡Lamento mi necedad!
¡Y yo creer he podido,
que hubieran dado al olvido
mi orígen y mi orfandad!
—Dicen que tengo talento,
que mi instruccion es profunda
y que en mi la pátria funda
un glorioso monumento;
que apenas hay quien me iguale
en oratoria y en ciencia...
¿Mas que vale mi elocuencia?
¿y la ciencia que me vale?
Para evitar el revés,
que cual yo, sufriendo estás,

me sirviera mucho mas
un título de marqués.

PURA. Quizás; pero en eso cesa,
que no era marqués papá,
cuando se unió con mamá;
era ella la marquesa.

ANDRES. Cierto; pero en don Tomás
circunstancias asistieron,
que nunca en mi concurrieron,
que nunca en mi encontrarás.
Siempre estimado y querido
por su virtud y talento,
encontrò à su nacimiento
con un ilustre apellido;
pero yo, por el contrario,
nací casi en la indigencia,
siendo toda mi ascendencia
la de un pobre arrendatario.

PURA. ¿Y que importa? ¿No es mejor
y mas respetable el hombre,
que á sí mismo se dà un nombre
con su ciencia ó su valor;
que no aquel que beneficios
tomando de sus abuelos,
tristeza, pesar y duelos
les produce con sus vicios?
Nobles de encumbrada cuna
sufren pesares prolijos,
por que no ven en sus hijos
saber ni virtud alguna;
mientras que en la oscuridad
teniendo muchos su orígen,
andando el tiempo dirijen
á toda la humanidad.
Seràn dignos de alabanza
los tíulos que ennoblecen;
mas solo á aquel pertenecen
que con honra los alcanza.

ANDRES. ¿Y que partido tomar?

PURA. Como no han de hacer violencia
con migo, tener paciencia
y confiando esperar.

ANDRES. ¿Me amarás?
PURA. Eternamente.
¿Y tu?
ANDRES. Como el áura pura
al arroyo que murmura,
como la rosa al ambiente.
PURA. Perdona mi fe sencilla.
Terminarán nuestros duelos,
como logre à sus hijuelos
nuestra estimada pardilla.
ANDRES. Temo á cierto gabilan.
PURA. ¿Tu temer? Mucho lo dudo.
Y ha de servirles de escudo
este hermoso tulipan.
ANDRES. Débil el escudo es.
PURA. Es fuerte mi corazon.
ANDRES. ¿Resistiras?
PURA. Con teson.
ANDRES. Bendita seas.
PURA. ¡Andrés!

ESCENA IX.

EL DOCTOR,—DICHOS.

DOCTOR. Andrés. *(Desde el foro.)*
ANDRES. ¿Quien llama?
PURA. El Doctor.
DOCTOR. ¡Hombre, á tí nada te apura!
Perdona, estabas con Pura...
¿Como vá?
PURA. Mucho mejor.
DOCTOR. ¡Chico, tienes una calma!..
Ya hace tiempo que se baten,
¿O quieres que te arrebaten
de la elocuencia la palma?
Si es la irascibilidad
el flaco de su excelencia,
tienes tu asì la eminencia
llamada amatividad.
(Separando abiertas las manos.)
ANDRES. !Me arrebatas!...

DOCTOR. *(Con sorna.)* Del eden.
ANDRES. Repara...
DOCTOR. *(Interrumpiéndole.)*
Que estoy con Pura;
mas Pura, se me figura,
que ya me conoce bien.
—En fin, chico, á sitios varios,
pués el turno va á llegarte,
me mandaron á buscarte
nuestros correligionarios.
Quedaba Juan Santarrita
hablando, muy á destiempo.
ANDRES. *(Con mucho sentimiento.)*
¡Entonces, aun tengo tiempo
para hacer una visita!
DOCTOR. Replicará Lagarejos,
que es orador de recursos
y hace muy buenos discursos.
¿Pero dime, vas muy lejos?
ANDRES. ¡A la cárcel de la Villa!

ESCENA X.

JULIO.—DICHOS.

JULIO. *(Con un papel impreso.)*
Adios, chicos.—Con licencia...
(Abriendo el papel y dispuesto á leer.)
¿Quereis leer la sentencia
del réo que está en capilla?
PURA. *(Sentándose, sin grande afectacion.)*
¡Jesus!... *(El Doctor se coloca á su lado.)*
ANDRES. Invécil, repara...
JULIO. Ahí me la vendió un ciego.
DOCTOR. No es nada.
ANDRES. *(Al lado de Pura.)* Desasosiego.
DOCTOR. Cederá.
JULIO. ¡Cosa mas rara!
ANDRES. Véte al cuarto de mamá.
DOCTOR. Aqui estoy, por si algo ocurre.

JULIO. Pues señor, esto me aburre.
PURA. Adios.
DOCTOR. Adios.
ANDRES. *(Al Doctor.)* Voy allá.

ESCENA XI.

JULIO, EL DOCTOR.

JULIO. Puès hombre, por poca cosa
mi prima se echa á temblar
No creia yo que fuese
así, tan sentimental.
No parece de Madrid,
donde el oir vocear,
lo que yo dije, á los ciegos,
es frecuente y natural.
DOCTOR. Ya lo creo. Tambien se oye
á los cocheros gritar:
"por dos reales al patíbulo;
¿quien por dos reales no vá?"
Esto, al menos, proporciona
sensaciones de alquitran.
JULIO. Siempre estuve yo por ellas.
Pero he resuelto variar
de vida. Todo me aburre
y lo encuentro muy tribial.
Ya, ni las casas... de fieras,
ni las timbas, ni el bailar
en Maville con las grisetas
el delicioso can-can,
me causa impresion alguna...
ni siquiera el derrochar.
Yo he tenido desafíos;
en viajes gastè un caudal;
otro tanto en bailarinas;
en actrices mucho mas:
de suerte, que ya gastado
con vida tan especial,
solo por probar me falta
la que lleva el militar.

DOCTOR. Es fácil: en la milicia
se admite á cualquier patan.
JULIO. De buen grado ingresaria
si me hiciesen general;
pero entrar, lo mas, de alférez,
ser teniente, capitan,
comandante, coronel,
con el favor de papá,
no es para mí. Por lo tantò,
resuelto estoy à mandar
en jefe, sentando plaza
en el grémio conyugal.
DOCTOR. Chico, si, debes casarte.
JULIO. ¡La corrì bastante ya!
DOCTOR. ¡Como hacen muchos! ¡Se casan,
cuando concluyendo van,
con muchachas muy bonitas
que desean principiar;
así que, à los pocos dias,
rabian... de felicidad.
—¿Y puedo yá conocer
á quien logró cautivar
ese corazon gastado?
JULIO. Mi prima.
DOCTOR. ¿Pura?
JULIO. Si tal.
DOCTOR. Que tu la quieras, corriente;
pero ella... *(Con sorna.)*
JULIO. Mucho mas.
Por otro lado, no trata
siquiera á un solo galan.
DOCTOR. Trata á Andrés.
JULIO. *(Con acentuada intencion.)*
En cuanto à Andrés,
disfruto tranquilidad.
No pueden los dos casarse
aunque el mismo preste Juan
les dispensára...
DOCTOR. ¿Por qué?
JULIO. En la culta sociedad,
hay mil secretas historias
que nadie quiere aclarar.

Afirman que la marquesa,
allà. por su mocedad.
antes de ver à mi tio,
con pretesto de viajar,
fué á Balduno y que en Balduno...
(Al decir el último verso, se aproximará al oido del Doctor.).

DOCTOR. Eso es falso!

ESCENA XII.

EL MARQUES.—DICHOS.

MARQUES. *(Muy sombrío.)* ¡Continuad!
JULIO. (¡Mi tio!)
DOCTOR. (¡Que situacion!)
MARQUES. Seguir refiriendo debes...
¿O es que ante mi no te atreves
á acabar la narracion?
Si la culta sociedad
aun conserva ejecutorias
bien tristes, en las historias
que guarda en la oscuridad ;
el libertino y el nécio,
que las virtudes infama,
debe acabar con su fama
en la sima del desprecio.
Prosigue...
JULIO. *(Voz apagada.)* Yo no creí...
MARQUES. O en mis injurias no cedo.
JULIO. ¡Quisiera hablar, y no puedo!
MARQUES. Entonces véte de aquí.
Y advierte, que si con mengua
de mi honor, viertes alguna
espresion inoportuna,
que te arrancaré la lengua.

ESCENA XIII.

EL MARQUES, EL DOCTOR.

MARQUES. *(Procurando aparentar serenidad.)*
Doctor, son mas de las tres,

y con las cosas que median
graves negocios me asédian.

DOCTOR. Comprendo, señor Marquês.

MARQUES. *(Acompañándole hasta la galeria.)*
Nunca para usted fué escasa
mi atencion; debe pensar,
que me viene usted á honrar
cuando frecuenta esta casa.

ESCENA XIV.

EL MARQUES, LUEGO LA MARQUESA.

MARQUES. *(A la puerta del cuarto de la Marquesa.)*
Antonia, Antonia.—¿Que hacias?

MARQUESA. Nada, distraer á Pura,
que sigue, se me figura,
mas nerviosa que otros dias.

MARQUES. *(Penetrante y lento.)*
¿No has oido desde allí,
nada de un lance famoso,
que con tono misterioso
se estaba contando aquí?

MARQUESA. *(Reparando en la alteracion del Marqués.)*
Nada... (Comienzo á temblar.)

MARQUES. *(Presentando una silla á la Marquesa y tomando otra para si.)*
Mas justo es que nos sentémos,
porque entre los dos debemos
aquel cuento relatar.

MARQUESA. Es tu palabra tan lenta,
tan agresiva y adusta,
que casi, casi me asusta.
¿Que tienes?

MARQUES. Escucha atenta.
—Segun refiere la fama,
un caballero cumplido,
en las provincias nacido,
conoció à una ilustre dama.
Al verla, se enamorò

de su radiante hermosura,
y su estremada finura
mucho mas le cautivó.
Si ella se enamoró de él,
comienzo á dudarlo ahora,
aunque la hermosa señora
juróle cariño fiel.
Era sola, y su tutor,
que en casarla tenia empeño,
no puso el mas leve ceño
cuando conociò este amor.
De modo, que sin sorpresa
de este pueblo cortesano,
aquel jóven provinciano
se uniò con una marquesa.

MARQUESA. Prosigue. *(Muy alterada.)*

MARQUES. Tal es lo historia
de su amor. Si algo antecede
que tu lo cuentes procede,
pués tienes buena memoria.

MARQUESA. Nada. *(Con voz muy débil.)*

MARQUES. *(Levantándose.)* ¿Nada ha sucedido
primero de nuestro enlace,
que ante tu vista no trace
el engaño que he sufrido?
—Señora, sin retener
esta vez detalle alguno,
lo que aconteció en Balduno
quiero al punto conocer.

MARQUESA. ¡No puedo! *(Con mucha espresion.)*

MARQUES. ¿Luego es verdad?
¡Ved que de ira estoy ciego!

MARQUESA. *(De rodillas, tomando las manos del Marqués.)*
De rodillas te lo ruego;
dèjalo en la oscuridad.
Aparta de tí, por Dios,
esa terrible exigencia.
¡Ten piedad!...

MARQUES. ¡Piedad!

MARQUESA. ¡Clemencia!

MARQUES. ¿Piedad de tí?...

MARQUESA. De los dos.
No intentes correr el velo
de tan misterioso arcano.
MARQUES. Lo saben Julio, mi hermano...
MARQUESA. ¡Quizás, por mi desconsuelo!
¡Mas no esperes que sucumba!
Medita, por Dios, con calma.
¡Te lo ruego, por el alma
de aquella que está en la tumba!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Algunas personas, decentemente vestidas, pasean en la galería, hasta la llegada de Andrés.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES, PURA.

MARQUES. ¿Con que ya no cabe enmienda
en el bordado, no es eso?
PURA. Así lo ha dicho mamá.
MARQUES. Pués que empiece otro pañuelo,
que un tulipan, sin disputa,
será de muy buen efecto.
PURA. ¡Tu siempre tan complaciente
con migo! ¿Sabes que objeto
se propone mi mamá?
MARQUES. ¿Y como no he de saberlo?
PURA. ¿Y sabes que el tulipan
significa... *(Con timidez.)*
MARQUES. *(Con cariño.)* En el paseo
por el partérre, ví acercabas
con pasion uno à tu pecho.
PURA. Andrés me le regaló.
MARQUES. Desde aquí lo observé.
PURA. Luego,
no rechazas, padre mio?...
MARQUES. ¿Rechazar? Ni mucho menos.
Al contrario, à que te cases
con Andrés estoy dispuesto.
PURA. El caso es, que mi mamá,
aunque no demuestra empeño

en que sea con mi primo,
no aplaude tu pensamiento.
Y sin razon...

MARQUES. *(Pensativo.)* Sin razon...
eso después lo veremos.
Por de pronto, hace un instante
que mandé un recado atento
á mi hermano y á tu primo,
para que vengan à vernos.
He decidido anunciarles
hoy mismo tu casamiento
con Andrés. Di ¿no te alegra?

PURA. ¡Figúrate!... ¡Pero temo
que te ocasionen disgustos
los ímpetus de sus génios!
Por otro lado, mamá...
si es que oculta algun secreto
motivo...

MARQUES. *(Con resolucion.)* Que lo declare.
Me repugnan los misterios,
y mucho mas si la honra
hieren del hogar doméstico.
En fin, como ya te dije,
estoy del todo resuelto;
pués no quiero que mis hijos
sufran pesares acerbos,
ni que, por otras razones,
me señalen con el dedo.
—Por lo que á Leon respeta,
procuraré contenerlo
razonando, si razona,
si habla fuerte, hablando recio.
(Aparece la Marquesa en la galeria del brazo del Doctor. Los tertulianes la saludan con mucho respeto.)

PURA. Aquí mamà se aproxima
con el Doctor.

MARQUES. Si hallas medio
de indagar... Bueno seria
saber si variò de intento.

PURA. ¿Te marchas?

MARQUES. Voy á mi cuarto.

Por causas que te reservo.
no quiero hablar con tu madre
hasta un instante supremo.

ESCENA II.

PURA, LA MARQUESA, EL DOCTOR.

DOCTOR. Aquí tenemos á Pura.
PURA. Acaba de retirarse
papá.
MARQUESA. (¡No quiso encontrarse
con migo!)
DOCTOR. *(A Pura.)* Se me figura,
que no logramos calmar
esos nervios.
PURA. *(Con naturalidad.)* Es que hay nube.
DOCTOR. *(Con alguna intencion.)*
Pero el barómetro sube.
y el tiempo va á mejorar.
MARQUESA. Siéntate.
DOCTOR. No fuera en vano,
que ustedes se precaviesen,
y las dos se recogiesen
esta noche mas temprano.
MARQUESA. Eso no es fácil, Doctor:
ya que hay gente en los salones,
son nuestras contemplaciones,
para muchos, de rigor.
Luego, como esto no pasa
de una escitacion nerviosa,
dirian que á poca cosa
desalojamos la casa.
¿Y sabe usted que me choca,
que de dia en dia aumente
la concurrencia de gente,
cuando antes venia tan poca?
DOCTOR. Pues la razon es muy llana.
Los mas de los que aquí vienen,
es por que ha tiempo previenen
una solucion cercana.
Pocos, para despedir

al sol que empieza á bajar;
muchos, para saludar
al sol que empieza à subir.

MARQUESA. ¿Y quienes son al presente?...

DOCTOR. El conde, que va á su ocaso,
y Andrès, que ya brilla acaso
á estas horas en oriente.
—Estuvo muy oportuno
en su discurso, inspirado:
esta tarde ha perorado
como no lo hace ninguno.
Demóstenes, Ciceron
y Mirabeau, si vivieran,
puede que envidia tuvieran
de su gran peroracion.
¿Y como no? La eminencia
que mas en su cràneo abulta,
es la que nunca se oculta
en los hombres de elocuencia.

MARQUESA. ¿Votaron?

DOCTOR. No, todavía;
pero aunque el gobierno vota,
es segura su derrota
por una gran mayoria.
Se prorogó la sesion.
Don Leon entró vilioso
y después bramó furioso
contra la proposicion.
"Por un método analítico,
decia, arrojando un mar
de espuma, os voy á probar
que ese voto es impolítico.
¿Como decis que en un tris
estamos ó en un infierno,
y que si dura el gobierno
se sublevará el pais?
¿Es ya acaso otra Babel?
Si el crédito sucumbiò
y la miseria aumentó
desde que yo mando en él;
es que no está asegurada
la cosecha, y yo me obligo

à todo, si en vez de trigo
se come un año cebada."
Con grande oportunidad
cien fanegas le ofreció
Andrés, lo cual provocó
general hilaridad...
De modo que, su derrota
en el voto de censura,
á mi juicio, es tan segura
como que ahora se vota.
(Andrés aparece, sombrio, en la galeria, recibiendo friamente los plácemes de los concurrentes.)

MARQUESA. Debe haberse ya votado.
DOCTOR. *(Sacando el reloj.)*
Las once. Posible es.
MARQUESA. Lo creo así, por que Andrés
en este instante ha llegado.
Le veo en la galeria.
PURA. Allì está.
DOCTOR. Ved cuan ufanos
van á estrecharle las manos
los políticos del dia.
MARQUESA. Parece que hay frialdad
en su aspecto.
PURA. ¡Y está triste!
DOCTOR. Pués si està triste, consiste
todo en su genialidad.
Ya viene.

ESCENA III.

ANDRES.—DICHOS.

DOCTOR. *(Adelantándose.)* Querido, albricias.
ANDRES. ¡Señoras!...
MARQUESA. Adios, Andrés.
DOCTOR. Dos señoras, y yo tres,
queremos saber noticias.
¿Con que el gobierno se hundió?
¿Por cuantos hemos ganado?

ANDRES. Si de votos has tratado,
debes decir "se perdió."
DOCTOR. ¿Perdida la votacion?
Imposible.
ANDRES. Como suena.
La defensa no fué buena;
pero triunfò don Leon.
DOCTOR. Esto es nuevo en nuestra historia
parlamentaria.
ANDRES. Y contrista;
pero la fraccion carlista
dió al gobierno la victoria.
¡Y en verdad que deseaba
vencer á mis enemigos,
por que entrando mis amigos
un buen objeto lograba!
PURA. ¿Con que bueno?
ANDRES. *(Siempre sombrio.)* Tanto, qué
no obstante mi situacion
política, á don Leon,
que lo apoye rogaré.
Y ahora, con su permiso,
voy á mis habitaciones
á escribir unos renglones.
PURA. Si es necesàrio...
ANDRES. Es preciso.

ESCENA IV.

EL DOCTOR, LA MARQUESA, PURA.

DOCTOR. Algun proyecto importante
debe traer entre manos.
MARQUESA. Es posible.
DOCTOR. Siendo así,
hará mal en indicarlo
al ministro, puès quizà
se lo apropie. En muchos casos,
lo que mas agrada, es obra
de algun modesto empleado,
aunque á jefes y ministros
se tributen los aplausos.

Estoy de ello tan seguro,
como que por mi ha pasado.

MARQUESA. Cuente usted...

DOCTOR. Yo siempre fuí
por el estudio fanático;
así que, con cierto esmero,
un medicamento raro
descubrí, que es utilísimo
principalmente al soldado.
Obtenido privilegio,
acudí solicitando
apoyo á la Direccion
de Sanidad; pero en vano.
Muchísimos de mis cólegas
de reojo me miraron,
y al fin comprendí por qué
no quisieron ensayarlo.
Si el tópico invencion fuera
de alguno de aquellos sabios,
otro gallo le cantára
en el dia à mi hemostático.
Por estas y otras razones,
desearía probarlo,
aunque fuera en el ministro
de la guerra.

MARQUESA. ¿En mi cuñado?

DOCTOR. Sí, señora; y en su hijo
mucho mejor.

MARQUESA, ¡Que milagro
es ese!

DOCTOR. Así conseguia
matar de un tiro dos pàjaros;
dar á conocer mi tópico
y castigar á un menguado.

PURA. ¿A mi primo?

DOCTOR. Si, Purita:
por que se viene portando
como no pueden hacerlo
jamàs los hombres honrados.

MARQUESA. Diga usted. *(Alterada.)*

DOCTOR. Yo no quisiera
dar motivo...

MARQUESA. *(Con dignidad.)* Se lo mando.
PURA. Si, Doctor.
DOCTOR. *(Espresívo.)* De sus parientes
suele hablar con menoscabo,
lo mismo en una tertulia
que en paseos y en teatros;
y de su próximo enlace,
dice que está asegurado,
porque, en fin... en fin, señora,
es mucho mejor dejarlo.
MARQUESA. *(Muy conmovida.)*
¡Doctor, doctor!... ¿Eso es cierto?
¿Es verdad?
DOCTOR. Me lo ha contado
hace poco en esta estancia.
MARQUESA. Basta ya. *(Muy disgustada.)*
DOCTOR. Señoras, marcho
á visitar...
PURA. ¿Vuelve usted?
DOCTOR. Si, don Tomás me ha citado.

ESCENA V.

PURA, LA MARQUESA.

PURA. ¡Madre!... *(Muy conmovida.)*
MARQUESA. *(Lo mismo.)* Ya ves, hija mia,
siendo tu honra inmaculada
se encuentra ya vulnerada
por quien honrarla debia!
PURA. ¡La mia! Mi honra es tan pura
como el luciente arrebol
que circunda nuestro sol
cuando brilla à mas altura.
MARQUESA. Si; mas después de prolijos
pesares y sinsabores,
lo que hacen nuestros mayores
recae aun en sus hijos.
—Son los vicios un caudal
y las virtudes tambien;
los vicios se heredan bien
y las virtudes muy mal.

Esto es fuerza que colija
de lo que el mundo sanciona ;
las faltas de mi persona,
sobre ti recaen, hija.

PURA. Pero esto es atroz, impio ;
ni faltas tu cometiste,
ni pensamiento tuviste
de mermar el honor mio ;
y aunque alguno me rechace,
quizá con torva mirada,
yo me creo tan honrada
como el capullo que nace.

MARQUESA. ¡Es verdad!

PURA. ¿Pero que tienes?
¿Y con que fin, madre mia,
lo que yo ignorar debia
hoy temblando me previenes?

MARQUESA. ¿Pués cómo, hija? ¿Quizás
aunque hondo dolor taladre
el pecho á tu pobre madre,
con migo no sufrirás?
¿Acaso al cariño ardiente
que por ti mi pecho esconde,
tu corazon corresponde
insensible, indiferente?
¡Si es así, con mas ardor
del que en ti se advierte ahora,
pagué yo á la que ya mora
en el seno del Señor!...
Nunca en mi pudo hacer mella
de la ingratitud el vicio,
y aun es corto el sacrificio
que estoy haciendo por ella.
¿Que es un hijo sin amor,
sin inmenso amor filial?
¡Es lo mismo que el chacal,
entre las fieras traidor!
¡Desgraciado una y mil veces.
el que á sus progenitores
no tributa, en vida, honores
y por conclusion sus preces!...
¿Y que consigue en su anhelo?

¡Perder quizá en un segundo,
con los aplausos del mundo
las bendiciones del cielo!

PURA. ¡Madre mia!

MARQUESA. ¡Supusiste
que lo dicho era por ti!
¡Fuè que me desvanecí
con un recuerdo muy triste!

PURA. No, no tal, madre del alma;
que algun oculto pesar
ha venido hoy á robar
de tu corazon la calma.
¿Y no quieres que me aflija?
¿Dònde, con mas espansion,
debe hablar tu corazon
que en el pecho de tu hija?

MARQUESA. ¡Silencio!... ¡Saber no quieras
lo que causa mi pesar,
por que te haria penar
mas que tu penar debieras!

PURA.. Di...

MARQUESA. —Un general muy temido,
y una mujer enlutada,
cambiaron una mirada
sin poder darla al olvido.
Asuntos de otra importancia
hasta entonces los unia;
pero el amor en un dia
acortò mas la distancia.
Sin miedo á ciertas legiones
numerosas y potentes,
se acercaban ¡imprudentes!
aquellos dos corazones.
Un dia ¡funesto dia!
el hombre que era esperado
para un enlace sagrado,
no llegaba, no acudia!...
Y no llegó, por que artero
y miserable, un traidor,
se convirtió en delator,
y le hicieron prisionero;
queriendo su triste suerte,

que en vez del bien que soñára,
en el camino encontrára
la mas horrorosa muerte!...
¡Después, un llanto constante
las mejillas abrasó
de la infeliz que perdiò,
por su imprudencia, á su amante!

PURA. ¡Madre mia! ¿Y quien es, dí,
esa mujer sin ventura?

MARQUESA. Basta con que sepas, Pura,
que su honra llega hasta tí.

PURA. Bien, mamá, yo callaré;
y si es que en tu beneficio
debo hacer un sacrificio,
cuanto me ordenes haré.

MARQUESA. Por ahora de él te eximo.

PURA. De tu hija, madre, dispon.

MARQUESA. Silencio; tu tio Leon
se acerca aquí con tu primo.

ESCENA VI.

JULIO, EL CONDE.—DICHAS.

JULIO. Adios, prima.

CONDE. Hòla, cuñada.
(A Pura.)
Te supongo ya tan buena.

PURA. Gracias.

CONDE. Mi querido hermano,
me envió esta tarde una esquela,
cuyo fondo no penetro.
Me habla solo de unas letras
que en un pañuelo hacen falta,
y me dice que desea
conocer nuestra opinion
esta noche, con urgencia.
¿Sabeis algo?

MARQUESA. Es un bordado,
que à mi me dió la rareza
de hacer. Pero no le gusta
á Andrés, ni tampoco á esta.

CONDE. ¿Con que no? ¡Y el tal Andrès,
ya es un pájaro de cuenta...
de rapiña! Mas por hoy,
se le ha escapado la presa.

JULIO. A propòsito : oye, prima.
Serà menester que tengas
cuidado con los hijuelos
de la pardilla. No cesa
un instante el gabilan
de dar sobre ellos mil vueltas.

PURA. ¡Dios mio!

CONDE. ¿Pero mi hermano
donde està? ¡Quizà sospecha
que tiene el tiempo de sobra
un ministro! Pués la vela,
digo, el timon de la nave
del estado, exije, ordena,
que el tiempo no se malgaste
en hablar de triquiñuelas.

JULIO. *(Resentido y aparte al Conde.)*
(¡Triquiñuelas! ¡Que palabra!
Desde que eres de la guerra
ministro, no hay quien te aguante.
Eres, chico, lo mas pelma
que he conocido.

CONDE. Silencio :
mira que estàs en presencia
de tu futura señora
y tu tia la marquesa.

JULIO. ¿Que importa?

CONDE. Silencio, digo.)

JULIO. (Estúpido!)

CONDE. *(Sacando el reloj.)* El tiempo vuela.
¿Mi hermano?... *(A la Marquesa.)*

MARQUESA. Saldrá muy pronto.

JULIO. Esta tarde armó una gresca
con migo...

CONDE. ¿Por qué?

JULIO. Por nada ;
por cuatro palabras sueltas.
Hablaba con el Doctor
de mi futura parienta,

cuando apareció furioso,
terrible, en aquella puerta.
Por fortuna, no tenia
ganas yo de armar quimera,
que si nó...

MARQUESA. (*Con interés.*) ¿Y le revelaste
de una historia?...

JULIO. Parte de ella.

MARQUESA. (Todo lo comprendo.) Hija,
vamos dentro, con licencia
de tu primo y mi cuñado,
á ver si cabe la enmienda
que en el pañuelo que bordo
con tanto empeño deseas.

PURA. Vamos, si.

CONDE. ¿Te marchas?

MARQUESA. (*Friamente.*) Luego
te veré. (*Dirigiéndose á Pura.*)
Y en cuanto á letras,
la jota, igual que la ene,
por mi rechazadas quedan.

ESCENA VII,

JULIO, EL CONDE.

JULIO. ¿Tienes un cigarro? (*Desenvoltura.*)

CONDE. Tengo.

JULIO. Dáme entonces tu petaca,
por que esta tarde la mia,
con el relój y las alhajas
de uso ordinario, se fueron
á viajar á Peñaranda.

CONDE. ¡Desgraciado! ¿Y no has previsto
que en ellas están mis armas?

JULIO. ¿Tus armas? Para inter nós,
si las monedas se acaban,
son como la carabina
de Ambrosio, y como la espada
de Bernardo. Dáme, digo,
los cigarros.

CONDE. *(Dándole la petaca, que luego se guardará Julio.)* ¡Si me falta
la paciencia!...

JULIO. *(Sacando un puro y encendiéndole.)*
¿Mas que miro?
Esto, querido, es mostaza.

CONDE. Son de la vuelta de abajo.

JULIO. No lo parecen.

CONDE. Y es lástima...

JULIO. ¿Que yo los fume? ¡Me gusta!

CONDE. Quiero saber en que casa
estan las prendas.

JULIO. No sé;
por que en mi nombre á llevarlas
fué un mocito del Colmado.
Trescientos duros las sacan.

CONDE. ¿Nada mas?

JULIO. Una bicoca;
pero el bolsillo prepara,
por que hoy contraje otra deuda,
que debo pagar mañana.

CONDE. ¡Otra deuda!

JULIO. En el Colmado,
con unas cuantas muchachas,
todas ellas andaluzas
y además todas muy guapas,
entramos el primogénito
del baron de la Calzada,
el vizconde de la Muela,
el marquesito de Andaya
y yo. ¡Que broma, querido!
¡Si vieras como rodaba
el champagne, y que carillas
ponian las chicas de pascua!

CONDE. Y dime ¿no consideras
que el andar por esas tascas
à todos os perjudica?

JULIO. Yo, en realidad, no hago nada
mas de lo que hiciste tu.
No ha tanto que me contabas,
entre risas, de tus lances
los que alcanzaron mas fama.

¡Picarillo!... ¡Cuanto has hecho,
sobre todo, en tus campañas!

CONDE. Lo que es yo... *(Seducido y risueño.)*

JULIO. Pués como digo,
los seis mil reales de marras
allí quedaron. Mas luego,
dí en apostar con Calzada,
sobre cuál de nuestros árabes
mejor las zanjas saltaba.
Yo dije que Picolino,
el que su Jámala-Jámala,
y en diez mil duros fijamos
la cantidad apostada.
¡Si vieras nuestro tordillo
con que bríos escapaba!...
Pero chico, al dar el salto
enorme que se ajustara,
Picolino y yo caimos
en el fondo de la zanja.
El caballo rompió un brazo,
yo me lastimè en la espalda,
y aun estuviera tendido
si entre todos no me sacan.

CONDE. ¿De modo, que Picolino?...

JULIO. Mandè que allí lo mataran
por torpe, y por que ademàs
inservible nos quedaba.

CONDE. ¡Y diez mil duros de pérdida!

JULIO. *(Con mucha espresion.)*
Es cuestion de una contrata.

CONDE. ¿Pero cuando has de dejar
esa vida disipada?...

JULIO. Pienso hacerlo el mismo dia
que me case. Ya me cansa
y me aburre...

CONDE. Andrés se acerca.

JULIO. Y estoy decidido...

CONDE. Calla.

ESCENA VIII.

ANDRES.—DICHOS.

ANDRES. Buenas noches. *(Sacará un pliego de papel doblado.)*
JULIO. Adios, chico.
Estarás de mal humor.
Cantar, cantas con primor,
pero sin fruto ¿me esplico?
ANDRES. ¿Como?... *(Sombrio.)*
JULIO. Segun me contaron
pronunciaste un gran discurso;
pero merced á un recurso
hábil, te desprestigiaron.
ANDRES. Es para mi la presente
situacion bastante crítica,
y no vengo á hacer política
sinó à suplicar clemente.
JULIO. ¿Agun destino? *(Con pedanterìa.)*
ANDRES. *(Con dignidad.)* No tal.
mas alto, al presente, pico.
En esta instancia suplico
por un pobre criminal.
CONDE. No es este lugar de audiencia
ni ocasion de oir doloras.
ANDRES. Son buenas todas las horas
para ejercer la clemencia.
JULIO. ¿Quien à un criminal abona?
CONDE. Justicia seca administro.
ANDRES. Si no es clemente el ministro,
podrá serlo la corona.
—¿Quiere usted oirme?
CONDE. *(Con repugnancia.)* Si,
daré audiencia á un enemigo.
ANDRES. Entonces sobra un testigo.
CONDE. *(A Julio.)*
Vuelve, que te aguardo aquí.

ESCENA IX.

ANDRES, EL CONDE.

ANDRES. En la cárcel de la Villa
se halla desde esta mañana,
¡por cierto de edad temprana!
un réo puesto en capilla.
Vivió siempre en la orfandad,
nadie educacion le dió;
si crímenes cometió
culpa es de la sociedad:
pués del mísero à quien deja
en el borde del abismo
á solas con su egoismo.
injustamente se queja.

CONDE. De ese argumento irritante
son los abogados pròdigos;
mas dentro de nuestros códigos
no es circunstancia atenuante.
De modo, que si no hay mas
que exponer en esta audiencia,
no interpondré mi influencia
por ese réo, jamás.

ANDRES. "¡Jamás!" Cuando tan cercana
la muerte está para él,
esa palabra es la hiel
que vierte la raza humana.
Pero no, seria fatal,
y hasta al pensarlo me asusto,
que usted no creyese injusto
el fallo del tribunal;
por que el huérfano, que espera
resignado su castigo,
de sus años de mendigo
me hablaba de esta manera:
—"¡Fué mi suerte desgraciada!
No he conocido á mi padre,
pués abandonó á mi madre
dejándola deshonrada.
Como era su hacienda poca,

y grande su amor, profundo,
con migo recorrió el mundo
hasta que al fin murió loca.
Quedé huérfano tan niño,
que no contaba seis años;
solo traté con estraños;
nunca conocí el cariño.
Y era tal la crueldad
de aquellos que me trataban,
que me herian y golpeaban
entrado en la mocedad!...
Después... con pecho iracundo,
todo el mal que recibí,
como pude devolví
sin tener piedad del mundo."

CONDE. Pués muera.

ANDRES. En juicio formal
quiero que la ley me diga:
¿el huérfano á quien castiga,
es el solo criminal?
¡Su padre le abandonó!...
¿Por que infames tendràn hijos?
Luego disgustos prolijos
en el mundo recibió.
Nadie le tuvo cariño;
los hombres le maltrataròn,
persiguieron y golpearon
siendo mozo y siendo niño!...
Nadie le enseñó á leer,
nada de enseñarle à orar!...
¿Que tuvo que hacer? Vagar
y pedir para comer.
De su nacimiento en pos
tanto el abandono anduvo,
que acaso, acaso no tuvo
conocimiento de Dios!...
Es, pués, una iniquidad
esa sentencia cruel,
por que ¿que ha hecho por él
nuestra culta sociedad?
A muerte le sentenció,
cuando á servirle de guia,

probablemente seria
mejor qne usted y que yo.

CONDE. Pués que le forme querella.

ANDRES. Es un crímen dar la muerte.

CONDE. Si ha sido poca su suerte,
que se conforme con ella.

ANDRES. ¿No hay nada que ese odio apague?

CONDE. Es mi caràcter adusto,
y solo á la ley me ajusto;
quien tal hizo, que tal pague.

ANDRES. *(Presentando el pliego al Conde.)*
Pués si no con su influencia,
cuento con su tolerancia
para dar curso á esta instancia
implorando la clemencia.

CONDE. *(Guardando el papel sin mirarlo.)*
Lo haré; pero nunca oculto
la verdad; no es asequible,
y considero imposible
para el huérfano el indulto.

ANDRES. ¡Nada se debe esperar!...

CONDE. Cien veces lo repetí.
Y basta ya, por que aquí
de otro asunto he de tratar.

ESCENA X.

EL MARQUES.—DICHOS.

MARQUES. No te marches. *(Dirigiéndose á Andrés, que tomando el sombrero, va hácia el foro.)* ¿Donde ibas?

ANDRES. A recorrer desahuciado
las casas de mis amigos
algun apoyo buscando.

MARQUES. ¿Urge mucho?

ANDRES. Para el mísero,
que considera contados
los momentos de su vida,
y que mira del cadalso
la sombra sangrienta, lúgubre
acercarse paso á paso,

cada instante que trascurre
aumenta su terror pánico!

CONDE. Si el mismo terror tuviesen
al crímen...

MARQUES. Serian contados
los crímenes y las faltas,
si nuestros hombres de estado
ensanchasen mas el círculo
de la enseñanza, fijando
su atencion en ese pueblo
que la necesita tanto.
Mas ya se vé, las escuelas
cuestan dinero y trabajo,
y en lugar de hacer maestros
es mucho mejor quitarlos.
Y es mas fàcil, mucho mas,
remitir de cuando en cuando
un ignorante al verdugo,
qne rebatir á los sàbios.
Del hombre á quien Dios creò,
haceis con frecuencia un charco
de sangre, sin conmoveros!
¡Teneis entrañas de mármol!
Sois peores que Cain,
á quien Dios desde lo alto
maldijo. Si yo me hallase
cualquier dia en vuestro caso,
creeria ver las sombras
de los que enviais al cadalso,
con sus semblantes fatídicos,
contra mi, ante Diòs, clamando.

ANDRES. ¡Así es!

MARQUES. ¿Y aun negaràs
tu apoyo á un pobre insensato?

CONDE. Ya lo dije, es imposible.

MARQUES. Hasta á sus mismos contrarios,
cuando corren un peligro,
los hombres tienden la mano.
Un sentimiento grandioso,
un deseo estraordinario,
conduce al hombre à los mares,
al fuego, y hasta á los antros

mas profundos, con el fin
de salvar á sus hermanos.
Sin meditar, las mas veces;
sin considerar si acaso
seràn ellos tambien víctimas
de su arrojo, van impávidos
al peligro, obedeciendo
à un instinto noble y santo.
Ahora bien: los que en lugar
de cumplir con un mandanto
sobrenatural, sin duda,
se empeñan en mutilarlo,
no son hombres, que son tigres
hambrientos, con rostro humano.
¿Cedes?

CONDE. (*Fiero.*) No cedo. Y repito
que ya de escuchar me canso
tanta sandez. Yo no vine
á oir á ningun Bernardo.

(*Momento de pausa.—Transicion.*)

MARQUES. Venias, si, ya recuerdo,
con motivo de un bordado
á que doy grande importancia.
Se destina á quien la mano
obtenga de mi hija Pura;
y como es en tales casos
entre amigos y parientes
costumbre vieja anunciarlo,
deseo que tu, tu hijo,
(*El Doctor y Julio aparacen en la galaria, y entran luego en la escena.*)
y el Doctor, que van llegando,
con la gente de la casa,
quedeis, desde hoy, enterados.
(*En la puerta de las habitaciones de la Marquesa.*)
Pura, Purita.—A mamá
dile que aquì la esperamos.
Ven tu tambien.

DOCTOR. (Me parece

que el Marqués prepara algo
muy sério.

JULIO. Bien puede ser!)

ANDRES. (¡Que va á decir!)

DOCTOR. *(A Julio.)* Pués oigamos.

ESCENA XI.

EL MARQUES, LA MARQUESA, PURA, EL CONDE,

ANDRES, EL DOCTOR, JULIO.

MARQUES. *(Con calma visiblemente afectada.)*
Invité de varios modos
à esta reunion de amigos,
para que fueseis testigos
de álgo que interesa à todos.
Digo todos, y así es;
por que los mas que aquí estamos,
una familia formamos,
por supuesto, incluso Andrès.
Y como el Doctor oyó
de una historia la mitad,
quiero su curiosidad
llenar con lo que faltó.

JULIO. *(Al Doctor, con sorna.)*
Exordio.

DOCTOR. *(Con idem, á Julio.)* Te lo traspaso.

MARQUES. Sabed, pués, que á mi hija Pura,
si su salud se asegura,
antes de dos meses caso.

ANDRES. ¿Con quien?

CONDE. ¿Con quien ha de ser?
Con Julio.

MARQUES. *(Lentamente.)* Si ella le quiere,
y á ningun otro prefiere,
por mi no me he de oponer.

PURA. Yo, no...

MARQUES. Entonces, mi nobleza,
en situacion tan penosa,
para todos enojosa,
me manda hablar con franqueza.

Pura, sin otro interés
que ver su amor satisfecho,
algo reserva en el pecho;
este algo, es que adora á Andrès.
Y como ella en él se mira,
y él á ella amor le jura,
vamos á casar à Pura
con Andrés.

CONDE. (*Sorprendido.*) ¿Como?

MARQUES. (*A todos.*) ¿Os admira?

CONDE. (*Con irritacion creciente.*)
Es que no compite Andrés,
por su falta de blasones,
con Pura, que en sus pendones
ostenta los de un marquès.

JULIO. (*Tambien irritado.*)
Y á ninguno se le esconde,
que antes que un hijo perdido,
debiera ser preferido
el heredero de un conde.

ANDRES. Es verdad, yo no nací
noble, como otros nacieron;
pero enseñanza me dieron
y en la enseñanza aprendí;
y vale mas, á mi juicio,
un hombre que ama la ciencia,
que con toda su excelencia
un conde entregado al vicio.

JULIO. Me darás satisfaccion.

ANDRES. Cuando quieras.

CONDE. (*Señalando á la Marquesa.*) Además,
no reparas, buen Tomás,
de Antonia en la oposicion?
Contémplala desde aquí;
mírala inerte, insensible,
modulando un "imposible,"
que protesta contra ti.

MARQUESA. ¡Imposible!...

CONDE. Y así es;
la marquesa lo asegura:
es imposible que Pura
pueda unirse con Andrés.

MARQUESA. ¿Y que harias tu, Leon,
si yo otra actitud tomára,
y en vez de un "no" pronunciara
un "si" respecto á esa union?

CONDE. Refrescar en tu memoria,
para avivar tu conciencia,
cierta pasada ocurrencia
que casi parece historia.

MARQUESA. (!Madre del alma!)

MARQUES. Prosigue
y se logrará tu intento.

CONDE. Entonces la historia ó cuento.
señores, es como sigue :
No he visto en pais alguno
un pueblo mejor situado,
que un lugar próximo á Grado
denominado Balduno.
Allí, señores, sabreis,
que en una noche de abril,
corriendo el año de mil
ochocientos treinta y seis;
dejando la carretera
con sigilo y muy despacio,
se acercaron á un palacio
con una hermosa litera.
Cerca ya de la mañana,
en el edificio entraron
dos damas, que se apearon,
una en la edad mas lozana.
En un mes nada cambiò
en el palacio el sosiego
que reinaba ; pero luego,
de repente se alteró.
Mas de un indiscreto oido
sintió acentos lastimeros,
y después los plañideros
ayes de un recien nacido.
Luego, vuelta á lo ordinario;
ni se conoció otro aliño,
que haberle nacido un niño
á un caduco arrendatario.
En fin, para complemento

de lo que tanto interesa,
la madre de la marquesa
muriò allí de sentimiento.

MARQUES. De modo, que Andrés...

MARQUESA. *(Al Conde.)* Infame,
preciso es que la venganza
de Dios, que à todos alcanza,
contra tí à estas horas clame;
por que el hombre que vulnera
el honor de una mujer,
serà un hombre al parecer,
mas con entrañas de fiera.

MARQUES. Y la señora que humilla
à un jóven, y le enamora,
ocultándole ¡traidora!
una historia de mancilla;
la que con su delicado
trato, cada vez mas fino,
logra ocultarle el camino
que siguiera en su pasado;
la que á todos interesa
en aquella narracion,
de que tiene el corazon,
decid, señora marquesa?

MARQUESA. No te comprendo.

MARQUES. *(Al Conde.)* ¿Las pruebas
de la historia que contaste,
en donde, dí, las hallaste?
¿Quizá sobre tí las llevas?

CONDE. No ignoro detalle alguno,
aunque ese estremo no alcanzo;
pero era pública en Anzo,
pueblo cercano á Balduno.
Allí me la refirieron,
entre ciento, Juana Llera,
que llegó á ser mi enfermera
cuando en Peñafior me hirieron.

ANDRES. ¡Juana Llera! *(Muy sorprendido.)*

CONDE. Mas de un año
estuve en aquel lugar,
mitad sin poder andar,
hecho el resto un ermitaño.

ANDRES. ¿Y en aquella situacion,
por enfermera tuviste?...
CONDE. A Juana Llera.
ANDRES. *(Muy rápido.)* Tu fuiste,
quien causò su perdicion.
¡Ah, marquesa! ¡como el cielo
castiga con su venganza,
al que sin freno se lanza
á sembrar el desconsuelo!
¿Sabe usted, señora, el daño
que hizo en Anzo? Fué, perder
á aquella infeliz mujer
que le asistió mas de un año!
Mas fuerza es que su mancilla
el corazon le taladre;
por que tu, tu eres el padre
del rèo que está en campilla.
CONDE. ¡Jesús!...
ANDRES. Mira el documento
que te entregué hace un instante,
y encontrarás terminante
la fe de su nacimiento.
CONDE. *(Leyendo convulsivamente.)*
"Leon Llera, hijo de Juana
Llera..." ¡Dios mio, Dios mio!...
¡Soy un perverso, un impío!...
¡Y le asesinan mañana!...
(Cáe desvanecido en una butaca..)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

El Doctor, la Marquesa, Pura.

Doctor. Pués como diciendo iba,
luego que de su excelencia
pronuncié el nombre, se abrieron
para mi todas las puertas.
Despachaba, por fortuna,
á la sazon con la reina
el señor ministro de
gracia y justicia, que en buenas
razones, propuso la
conmutacion de la pena.
Convino su magestad,
y en el momento se ordena
que saquen de la capilla
al réo. La cruel sentencia
no debe ya ejecutarse.
Con tan agradable nueva,
don Leon ha mejorado
y ustedes tambien.

Marquesa. ¡Que escena
la de anoche!

Pura.. Para un padre
pocas habrá tan cruentas.

Doctor. Así varió su carácter
tanto, que ahora protesta
sin cesar, contra esa inícua
pena bàrbara que aterra.

Esto el padre. En cuanto á Julio,
¿el invécil no se empeña
en probar que lo de anoche
fuè una farsa? De manera,
que ha desafiado á Andrés.

MARQUESA. ¡Desafiado!

DOCTOR. Si llega,
que no llegará, el estremo
de que se batan, por fuerza
probará de mi hemostático
la consabida influencia.

MARQUESA. ¡Ah, Doctor!

PURA. ¡Que no se batan!

DOCTOR. ¿Quien mas que yo lo desea?
Pero es tan loco ese Julio
como de atroz su eminencia
irascible. Competia
con su padre. Y no se enmienda,
en tanto que un lance serio
no lo eduque y le contenga.
Así lo espero.

MARQUESA. ¡Mas cuantas
angustias, cuantas ideas
terribles se fijarian,
al escuchar su sentencia,
en el infeliz!

DOCTOR. Mejor
será no pensar en ellas

MARQUESA. Y es el caso, que esta casa
cercana está á la carrera...

PURA. Ya ¿que importa?

MARQUESA. *(Por el balcon.)* Desde allí
se ve.

DOCTOR. *(Desconcertado.)* (¡Fatal coincidencia.)
Señoras, tengo que hacer;
pués con otras cosas y estas,
he dejado abandonada,
desde ayer, mi clientela.
Usted, Purita, y su tio,
pasear deben con frecuencia
por el partérre; una horita
de ejercicio es muy higiénica.

ESCENA II.

PURA, LA MARQUESA.

PURA. Sabes, mamá, que mi tio
va á sufrir desde hoy mil penas.
MARQUESA. Si, los dolores de Tántalo
el porvenir le reserva.
PURA. ¿No harà nada por su hijo?
MARQUESA. Nada: à cadena perpétua
condenado irá muy pronto,
sin que de su padre sepa.
PURA. ¡Eso es cruel!
MARQUESA. Si lo es;
mas quizà tanto padezca
su padre, al darle al olvido,
cuando ampararle desea.
¿Comprendes tu lo terrible
de situacion tan adversa?
Por un lado, la fortuna,
sus dones le ofrece espléndida;
condecoraciones, títulos,
considerables riquezas;
y para mas que engreirle,
un alto puesto en la esfera
política. ¡Por el otro,
que adusta con él se muestra!
Un puñal de helados filos
hunde en su pecho violenta,
después de hacer de su honra
insuperable barrera,
que á destruir no se atreve
la misma naturaleza.
¡Ve ante sus ojos la dicha,
pero le huye al cojerla;
y si va ansioso á tocarla,
mas despiadada se aleja!
PURA. ¿De su honra has dicho?
MARQUESA. Si, Pura:
que si las faltas se heredan,
pasando desde los padres

à los hijos, tambien befan
las que los hijos cometen
á su inmediata ascendencia.
Los crímenes de ese huérfano,
como el mundo conociera
su orígen, no solamente
con justicia recayeran
sobre Leon, censurando
su abandono y su inclemencia ;
si no que à todos nosotros
cojeria el anatema.
Dirás que es injusto el fallo ;
que nadie debe, en conciencia,
responder de actos agenos
á su voluntad ; que fuera
de uno mismo, ningun lazo
al bien ò al mal nos sujeta...
Pero incomprensible el hombre,
aunque al momento condena
esa ley, cuando le oprime,
no sabe prescindir de ella!...
¿Hasta cuando la verdad
ha de ser doble en la escena
del mundo?

PURA. Mira, no pienses
en eso, por que te afectas.

MARQUESA. Dices bien : quizá es mejor
dejarle en su marcha incierta,
que esponerse á ser cogidos
y aplastados por sus ruedas.

ESCENA III.

EL MARQUES, EL CONDE.—DICHAS.

MARQUES. Aquí están.

CONDE. ¡Querida hermana!
¡Purita!...

MARQUESA. ¿Sigues mejor?

CONDE. Muy bien, gracias al Doctor,
que tanto por mi se afana,

He sido con él ingrato;
con vosotros muy injusto;
pero el reciente disgusto
cambió mi génio y mi trato.
Tiene el médico razon;
algo en el hombre domina
que hácia el mal su génio inclina,
si le falta educacion.
(Suenan las once á lo lejos.)
Así que, cuando me fijo
en que sin la gran clemencia
del trono, la cruel sentencia
se ejecutaria en mi hijo;
al pensar que en este instante,
para muchos tan tremendo,
quizá le estarian cubriendo
ya con la hopa infamante,
al mundo, á la sociedad,
à los hombres implacables,
considero responsables
de tan bárbara impiedad.

MARQUES. Dejemos eso.

CONDE. Y yo mismo,
que sin fe ni corazon
provoqué su perdicion
dejàndole en un abismo;
yo, que no tuve un mendrugo
de pan con que alimentarle,
ni una oracion que enseñarle,
soy su principal verdugo.
¿No es cierto, Tomás?

MARQUES. Olvida
ya ese lamentable hecho.

MARQUESA. ¡Leon!...

CONDE. ¿Y con que derecho
le arrebataban la vida?
¡Crueles!... "No matarás,"
dice de Dios una ley;
y esta ley no escluye al rey,
ni le ha escluido jamás.
Sujeto, como hombre, á ella,
tampoco otra accion recobra

mas omnímoda, cuando obra
oyendo al mundo en querella;
y es nuestra legalidad
un despreciable resíduo,
pués pospone el individuo
à la misma sociedad.
Pero es fuerte, y decretó,
para aumentar su renombre,
que siendo el matar al hombre
un crímen, para ella no...
Luego, si veinte millones
de seres matan á uno,
no existe crímen ninguno
ni caben reclamaciones.
Al ver semejante ultraje
de la ley que Dios ordena,
casi me parece buena
lo que practica el salvaje.

MARQUES. Mira, Leon, es preciso
que pienses de otro asunto.

CONDE. Es que aun queda otro punto
mas importante y conciso.
La vida es de Dios ofrenda,
y grave temor abrigo
por el que impone un castigo
que no corrije ni enmienda.
Al recibirla del cielo
en depósito sagrado,
el hombre queda obligado
á conservarla con celo.
Siempre, puès, serà maldita
la existencia del que airado,
contra la vida ha atentado
del prógimo, ó se la quita;
por que siendo el cielo fuerte,
pródigo en dar la existencia,
no pronuncia una sentencia
jamás de súbita muerte.

MARQUES. Bien; pero debes calmarte.

MARQUESA. Así el doctor lo previene.

MARQUES. Sabes que no te conviene
en modo alguno irritarte.

PURA. Tio, venga usted á ver
un nido. *(Mucho cariño.)*
MARQUESA. Serà un recreo.
PURA. Y darémos un paseo
juntitos por el partérre.

ESCENA IV.

LA MARQUESA, EL MARQUES.

MARQUESA. ¡Tomás! *(Viendo que el Marqués se dirije á sus habitaciones.)*
MARQUES. ¿Me llamas? *(Sequedad.)*
MARQUESA. Tenia
que hablarte. *(Con dulzura.)*
MARQUES. No será urgente.
MARQUESA. Es...
MARQUES. Sobre el triste accidente
de anoche; lo presumia.
MARQUESA. Pués es el caso, Tomás,
que con migo te has portado
ayer, como no he pensado
que te portases jamás.
MARQUES. ¡Señora!... *(Irritado.)*
MARQUESA. Escucha con calma.
Consiguieudo hacer notoria
aquella secreta historia,
me has ofendido en el alma.
¿Que dijeras tu de mi,
si yo obrase de igual modo?
MARQUES. Digo, que lo entiendo todo,
y el por qué de hablarme así!
Ayer no se conocia
en mi familia un lunar;
hoy crées que debo callar,
pués la situacion varia.
Pero en puntos de la honra,
mi conciencia es pura, esclava,
y opino que no se lava
deshonra con mas deshonra.
Sin duda tu afan libiano
creó actitud tan violenta,

poniendo mi honor en venta
por la honra de mi hermano.
Pero es inútil tu afan;
el deseo que te anima
ni siquiera me aproxima
á temer al que diràn.
Jamás establecí pactos
con la gente miserable,
y solo soy responsable
al mundo y Dios de mis actos.

MARQUESA. De manera, que si alguna
accion vil mancha una honra,
no comprende la deshonra
á otra persona?

MARQUES. A ninguna.
Y aunque mi hermano Leon
cometió una grave falta,
conservo mi honra tan alta
como antes de su baldon.

MARQUESA. Guarda entonces tu censura,
y no me hables de mancilla;
por que puro mi honor brilla,
si cabe, á mayor altura.
Y es que, segun tu te espresas;
si sola de mi respondo,
no hallo razon en el fondo,
cuando por mi te interesas.
Sé que no discurres bien
en esta estraña porfia;
lo que mancha la honra mia,
mancha la tuya tambien.
Tu lo has dicho.

MARQUES. El caso es cierto;
y en eso mismo me fundo
cuando me créo ante el mundo,
por tu causa, en descubierto.

MARQUESA. Yo no he faltado al honor
jamàs. (*Con energìa.*)

MARQUES. ¡Que! ¿No es verdadera
una historia placentera
de correspondido amor?

MARQUESA. ¡Es cierta; pero contrista!

MARQUES. Tendrá su amante leal,
que seria...
MARQUESA. ¡Un general
del ejército carlista!
¡Muriò ya!
MARQUES. Y el interés
de tan estraños rigores,
está en que de esos amores
nació Andrés.
MARQUESA. ¡Si, nació Andrès!
MARQUES. Andrés, á quien he creido
hijo del arrendatario,
que ha servido de sudario
á un honor que se ha perdido.
Honor que mi daño encierra,
lo ha espresado bien tu boca;
pués tan de cerca me toca,
que su pérdida me aterra.
Y es tal, que aunque no te cuadre,
sois parientes muy cercanos,
tanto...
MARQUESA. ¡Que somos hermanos!
MARQUES. *(Espresando gran sorpresa.)*
¡Hermanos!...
MARQUESA. ¡Solo de madre!
MARQUES. ¡Gran Dios!...
MARQUESA. En un documentò
del infeliz general,
está la prueba legal
que diò fé en su nacimiento.
Pero no se publicó
semejante testimonio,
y del niño, un matrimonio,
que ha muerto ya, se encargó.
Siempre yo consideré
aquel hecho en deshonor
mio, y con gran temor
cuanto pude lo oculté.
Esta es la verdad, Tomás.
Ahora, mi amor provoca,
que me sentencie tu boca.
¿Soy culpable?

MARQUES. *(Con mucho cariño.)* Exenta estàs.
Yo soy el que no merezco,
pués llegué à dudar de tí,
gozar del bien que adquirí;
pero enmendarme te ofrezco.
Jamàs disgustos ni engaños
entre los dos existieron...
¡Bien dices, como corrieron
al lado tuyo los años!
Perdona si provoqué
aquel infeliz recuerdo.

MARQUESA. De nada, Tomás, me acuerdo;
y con tantas veras, qué
entre un suspiro de amor
y una làgrima de duelo,
voy á dar fin al pañuelo
que mira Andrés con terror.
(El Marqués la acompaña hasta la puerta de sus habitaciones.)

ESCENA V.

ANDRES.—EL MARQUES.

ANDRES. ¡Señor Marquès! *(Muy agitado.)*

MARQUES. ¡Eh!... ¿Que tienes?
Llegas pálido, sudando,
al parecer de congoja.

ANDRES. ¡Hemos trabajado en vano!
¡Todo se ha perdido!

MARQUES. Habla,
que aumentas mi sobresalto
con tu silencio.

ANDRES. No tengo
corazon para contarlo.
¿No ha salido usted de casa?

MARQUES. He pasado con mi hermano
todo el tiempo.

ANDRES. ¿Aun sigue aquí?

MARQUES. El médico le ha mandado
que no saliese.

ANDRES. ¡Dios mio!...

¡El suceso vá á ser tan trágico!
Es necesario alejarle;
dígale usted que un mandato
del doctor, que salga ordena
á tomar el aire al campo;
que puede sufrir si no
su enfermedad un recargo.
En fin, ayúdeme usted
á echarle de este palacio
por una hora siquiera;
pero ha de ser en el acto.

MARQUES. ¿Tan pronto?

ANDRES. Toda demora,
ha de contrariar mis cálculos,
dando lugar á un conflicto
de angustiosos resultados.

MARQUES. Pués ya llegan.

ANDRES. Por fortuna
estàn puestos los caballos
á la berlina. Yo mismo
marcaré el itinerario
al cochero.

MARQUES. ¿Y no me cuentas
que suceso inesperado?...

ANDRES. Señor Marqués, el silencio
es ahora necesario.
(Señalando al Conde y á Pura que llegan.)

ESCENA VI.

EL CONDE, PURA.—DICHOS.

CONDE. Adios, Andrès.

ANDRES. Señor conde...

MARQUES. Pronto parece habeis dado
la vuelta.

CONDE. Es que hemos sufrido
dos contratiempos muy raros.
El primero, por que habia

mucha gente paseando
por delante de las verjas
del partérre, cosa que estraño.

ANDRES. *(Como el que busca una disculpa.)*
Es que en Madrid, señor conde,
sobran los desocupados.

CONDE. Eran muchos. Y Purita.
que no halla ningun agrado
en darse á luz, de aquel sitio
se fué á poco retirando.
Es natural, una jóven
no parece bien del brazo
de un viejo.

PURA. No era por eso,
querido tio.

CONDE. Ya estamos.

PURA. Es que deseaba hacer
una visita á mis pájaros.

ANDRES. ¿Y qué?

CONDE. Segundo disgusto.

ANDRES. Díme...

PURA. Los ha devorado
el gabilan.

ANDRES. ¡Y por eso!...

PURA. ¿Ignoras por que me afano?

ANDRES. No seas supersticiosa.

CONDE. Pués yo opino lo contrario:
no he visto destrozo alguno,
ni siquiera el menor rastro
de sangre. Mas natural
es creer que hayan volado.

PURA. Pero así...

CONDE. Sin despedirse,
como acostumbran, es claro.

ANDRES. *(Con brevedad al Maquès.)*
Por Dios, que el tiempo trascurre.

MARQUES. ¿Sabes lo que estoy pensando?
Qne ha sido corto el paseo,
que debiera ser muy largo.
Hace un instante que estuvo
aquí el doctor, y ha mandado
que salieses, con mi hija,

á respirar por el campo.
Abajo teneis el coche.

CONDE. Temo encontrarme, si salgo,
con alguno de mis cólegas...

MARQUES. Llevais un coche cerrado.

CONDE. ¿Qué dices? (*A Pura.*)

PURA. Lo que usted quiera.

CONDE. Vamos, pués.

ANDRES. Yo me adelanto
un instante, à dar las òrdenes
precisas à los criados.

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS ANDRES.

CONDE. Sabes, Tomás, que es un chico
este Andrés que vale mucho.
No han político mas ducho,
ni de tan brillante pico.
La educacion es el fiel,
que en su saber se refleja...
¡Y que poco se asemeja,
al presente, Julio á él!
(*Suenan rumores lejanos.*)
¡Pero que estraño rumor!
(*Aproximándose al balcon.*)
¡Y como aumenta el gentío!

PURA. ¿Quizà hay gran parada, tio?

CONDE. No.

MARQUES. (Comienza mi temor.)
Vamos ¿que aguardas? ¿que esperas?

CONDE. Hasta luego.

PURA. Hasta después.
Ya estará impaciente Andrés.

MARQUES. Sin duda.—Por las afueras.
(*Después de despedir al conde y á Pura, va á colocarse cerca del balcon, á cuyo sitio llega la Marquesa.*)

ESCENA VIII.

La Marquesa, el Marques.

Marquesa. ¿Que miras?
Marques. Fijando está
sériamente mi atencion,
aquella gran reunion
que siempre en aumento vá.
Marquesa, ¡Cuanta gente!
Marques. ¿Han anunciado
acaso para hoy alguna
funcion?
Marquesa, Por aquí ninguna.
Marques. ¡Luego entró tan agitado
Andrés!
Marquesa. Andrés quizá tenga,
aunque en su prudencia fio,
muy en breve un desafio
como Julio no se abstenga.
Marques. ¿Un desafio?
Marquesa. El doctor
nos lo refirió hace poco.
Julio está desde ayer loco
y respirando rencor.
Marques. Pués es preciso...
Marquesa. Andrés llega.

ESCENA XI.

Andres.—El Marques y la Marquesa.

Marques. ¿Que tienes con Julio?
Andres. Un lance
ocasionado á un percance,
por que la pasion le ciega.
Marques. ¿Fijasteis ya el sitio y cuando?
Andres. No quiso admitir demora,
y es la presente la hora
en que me estarà esperando.
Supongo yo que el doctor

y mi amigo Lagarejos,
le dirán que me hallo lejos
por cosas de mas valor.

MARQUES. ¿Entonces, creer es justo
que otra causa?...

ANDRES. ¡Ojalá fuera
esa pequeña quimera
la razon de mi disgusto!

MARQUESA. Cuenta, por Dios, al instante.

ANDRES. Delante de usted, no es bien...

MARQUES. Si, debe oirlo tambien.

MARQUESA. ¿Qué importa que estè delante?

ANDRES. Puès, señor marqués, el pobre
huérfano...

MARQUESA. ¡Quedaria inerte!

ANDRES. ¡Está cercano á la muerte,
aunque la salud le sobre!

MARQUESA. ¿Cómo?

MARQUES. ¿Por desgracia es falso
lo del indulto?

ANDRES. ¡El destino,
le puso ya en el camino
que le conduce al cadalso!

MARQUESA. ¡Gran Dios!

MARQUES. Merece severas
censuras quien lo ocultó.

ANDRES. Fué el médico; pero yo
se lo aplaudo muy de veras;
pués sin aquella invencion,
era cosa bien segura
la recaida de Pura,
y otro acceso en don Leon.

MARQUES. Leon tenia en su mano
la influencia del poder.

ANDRES. Señor Marqués, desde ayer
que no es ministro su hermano.
Al gobierno exoneró
la reina, apenas dijeron
que los carlistas le dieron
el triunfo que consiguió.
Tras esta gran novedad,
sin designar presidente,

casi repentinamente
enfermó su magestad.
Con cien recomendaciones
llegué á las reales moradas;
pero siempre hallé cerradas
las régias habitaciones.
Las circunstancias conspiran
en contra del sentenciado...
¡Todo queda terminado,
pués los instantes espiran!

MARQUES. ¿Y no es para ti notorio,
que el médico mas cercano
al trono, es casi mi hermano,
el marqués de San Gregorio?

ANDRES. Se debe à su intervencion,
á nombre de usted lograda,
que al menos se diese entrada
á mi humilde exposicion.

MARQUES. ¿Y qué?

ANDRES. No dió resultado.
Enferma de gravedad
entonces su magestad,
Ni siquiera se ha enterado.

MARQUES. Voy á verle.

ANDRES. Vano intento,
señor marqués; la hora avanza.

MARQUES. No hay que perder la esperanza
hasta el último momento.

ESCENA X.

DICHOS, MENOS EL MARQUES.

MARQUESA. ¿Pero tanto el tiempo apura?

ANDRES. En breve, con triste son,
de Santa Cruz las campanas
por él doblarán. (*Rumores lejanos.*)

MARQUESA. ¡Gran Dios!

ANDRES. Oiga usted, señora; el pueblo,
con ese estraño rumor,
nos indica que la hora
para el infeliz llegó.

MARQUESA. Quizá se acerca.
ANDRES. *(Dirigiéndose al balcon.)* Insensatos,
que veis una ejecucion
con la misma indiferencia
tal vez que un lance de honor,
decidme: ¿nunca ha caido
sobre vuestro corazon,
esa sangre que se vierte
con rencor y sin rencor?
Mirad que á ese desgraciado
nuestra sociedad cerró
sus puertas, cuando debia
darle amparo y proteccion;
que culpas en él castiga,
que ella misma cometió!
MARQUESA. ¡Andrès!
ANDRES. Señora marquesa,
no estrañe usted mi dolor;
que acaso en un trance igual
me hubiera encontrado yo,
¡pobre huèrfano tambien!
á no mediar el favor
que ustedes me concedieron
con la buena educacion.
MARQUESA. Era en mi un deber sagrado;
lo he cumplido, y me premiò
el cielo, por que crecias
con singular aficion
al estudio. Fué Tomás,
quien educacion te diò.
ANDRES. ¡Oh, gracias!
MARQUESA. Pero la reina
no podrá ver sin horror,
que se cometa ese crímen.
Nunca podrá un corazon
de mujer derramar sangre,
siendo su mision de amor.
Si ese desgraciado huérfano
á tal estremo llegó,
no hay que culpar à la reina,
si no al acerbo dolor
que la tiene, por desgracia,

en la mayor postracion.
Dàdle la salud, Dios mio,
y el huérfano se salvó.

ANDRES. Es, señora, que los reyes
son hombres, y además son
reyes. En este concepto,
admiten el grave error
que dice: "Diente por diente,
ojor por ojo," opinion
absurda, que de consuno
rechazan el mundo y Dios.
"Un súbdito mas ò menos,
nada vale entre un millon;
y hasta es un deber sagrado
sacrificarlo en favor
de los más, pués el ejemplo
evita la tentacion."
¡Así los reyes opinan,
y esto aumenta mi temor!

MARQUESA. ¿Pero que miro? *(Viendo al Marqués.)*

ANDRES. ¡El marqués!

MARQUESA. ¡Dios mio!

ANDRES. ¡Pronto volvió!

ESCENA XI.

EL MARQUES.—DICHOS.

MARQUESA. Tomàs, pronuncia una frase
de indulgencia ó de perdon.

MARQUES. No puedo: à palacio iba,
cuando mi coche encontró
con el del marqués de San
Gregorio. A una indicacion
mia, se detuvo. Hablamos,
y en breve me refirió
lo que tu, ni mas ni menos.
La reina sigue peor;
de manera, que no sabe
nada de esta ejecucion.

MARQUESA. ¿Entonces, no hay esperanza
ninguna?

MARQUES. ¡Tan solo en Dios!
(Comienza á oirse, muy á lo lejos, una caja destemplada, que tocará marcha. Se aproxima lentamente y luego desaparece en la misma forma.)
Retírate, esposa mia,
por que ya se oye el rumor
de las destempladas cajas
del piquete.

ANDRES. ¡Si, ellas son!

MARQUESA. ¡Voy á rogar por la víctima!

MARQUES. Ruega con mucho fervor,
que todo, á veces, se alcanza
del cielo con la oracion.
(El Marqués despide á la Marquesa y luego se aproxima al balcon.)

ESCENA XII.

EL MARQUES Y ANDRES.

ANDRES. Quizá usted tambien debiera
retirarse.

MARQUES. No, deseo
contemplar al pobre réo
en su postrimer carrera.
¡Sabré la verdad estricta!
¡Quiero contemplar al hombre,
asesinando en el nombre
de eso que llama vindicta!
¡Vindicta pública!... ¡Esto es!
cumplida satisfaccion,
que aconseja la razon
con el mas sano interés!
Si es la razon la justicia,
las dos huyen al presente;
por que esta pena, es patente,
que en lugar de enmendar vicia.
Y á cualquiera se le alcanza,
que el que en tal sentido invoca

á la vindicta, provoca,
sin saberlo, á la venganza.
Los crímenes, se reprimen
y deben de castigarse;
mas nunca podrà curarse
un crímen con otro crímen.

ANDRES. ¡Se acerca el trance inhumano!

MARQUES. ¡Si, se acercan, se vé al réo!...
¡Infeliz!... ¿Pero que veo?
¡Es lo mismo que mi hermano!
¡Es mi sangre, sí, no es falso!...
¡Sangre noble, siempre honrada,
y que va à ser derramada
en las gradas de un cadalso!...
¡Qué!... ¿Y al destino le plugo,
que un pedazo de mi ser
vaya en breve à perecer
en las manos del verdugo?
¡Gran Dios, si de mi existencia
la honradez nunca alterada,
es digna de tu mirada,
tén, señor, con él clemencia!...

ANDRES. ¡Señor marquès!...

MARQUES. *(Después de una pausa.)* ¡Ya pasó!
¡Ay de mí!

ANDRES. ¡Señor marqués,
cálmese usted!

MARQUES. Ay, Andrés,
que el alma me trastornó.
Ahora que ya se aleja,
cada segundo que pasa,
el corazon me traspasa
recordando su honda queja!
(Lo que sigue, casi delirando.)
¿Y no hay piedad para él?
Parece que precipitan
el paso; que ya se agitan
como en el trance cruel!
¡Esos fúnebres sonidos!
¡Santa Cruz!... ¡Oigo el clamor
de sus campanas! ¡Que horror!
No; se engañan mis sentidos.

¡Que importa, si han de doblar
en breve! ¡Tristes acentos,
que ahogarèn mis lamentos!
¡Ay!... ¡Quien pudiera llorar!
(Se apoya y reclina la cabeza, sollozando, en el hombro de Andrés.)

ESCENA XIII.

La Marquesa.—Dichos.

Marquesa. ¡El indulto!
Marques. ¡Justos cielos!
Andres. ¿Es verdad?
Marquesa. *(Con rapidez.)* Desde el balcon
que existe en mi habitacion,
vi agitar blancos pañuelos;
y el murmullo que volaba
sin cesar de gente en gente,
indicaba claramente
que la reina le indultaba.
Marques. *(Acercándose al balcon.)*
Veamos: nada se advierte.
Los transeuntes que veo
siguen la marcha que el reo.
¡Van à presenciar su muerte!...
Ya estarà sobre el tablado;
el patibulo està cerca...
¡Y nada se indica acerca
de ese indulto tan ansiado!
¡Nada agradable se inicia!...
¡Sin duda te has engañado!
¡Si le hubiesen indultado
volaria la noticia!
¡Calla!... Siento de un caballo
el galope. En caso igual,
lleva siempre un oficial
la revocacion del fallo.
Sigue el ruido. ¡Cuanto tarda!
¡Que lento el tiempo trascurre
para quien valor discurre
sobre la dicha que aguarda!
¡Ah!...

MARQUESA. ¿Quien es?
MARQUES. ¡Nada que aquiete
nuestro afan! Allí han parado
un caballo desbocado.
que ha despedido al ginete
MARQUESA. ¡Gran Dios!
MARQUES. ¡Nada de piedad
en el pueblo ni en el trono!
¡No hay compasion! ¡Solo encono
le ofrece la sociedad!
(Se retira del balcon; Andrés ocupa su puesto.)
ANDRES. ¡Ah!...
MARQUES. ¿Que ves? (*Brevedad.*)
ANDRES. Le han indultado.
MARQUES. ¿Quien lo dice?
ANDRES. Un palaciego
llega de cólera ciego,
por que el corcel le ha arrojado.
MARQUES. Es verdad. *(Mirando.)*
MARQUESA. (*Idem.*) ¡Al fin confio!
ANDRES. Ha vuelto á montar.
MARQUES. Ya corre.
MARQUESA. Dios al huérfano socorre.
MARQUES. ¡Gracias, Dios mio!
MARQUESA. ¡Dios mio!
(Pequeña pausa. Luego se oye doblar á lo lejos.)
LOS TRES. ¡Ah!... *(Con desesperacion.)*
ANDRES. ¡Tarde el perdon llegó!
MARQUES. ¡Ese tañido fatal,
es el toque funeral
por el réo que espiró! *(Pausa.)*

ESCENA XIV.

EL CONDE, PURA.—DICHOS.

CONDE. ¡Tomás!
PURA. ¡Madre!
ANDRES, (¡Intento vano
el mio!)

CONDE. ¿No sabes qué
muerto, ha poco, mi hijo fué
del modo mas inhumano?
MARQUES. ¡Sí!
CONDE. ¡Con infame malicia
le arrebataron Tomás!
MARQUES. ¡Fué un asesinato mas
en nombre de la justicia!
CONDE. ¿Que dices? Muriò en un duelo!
MARQUES. ¡Un duelo!...
CONDE. ¿Entonces por quien
hablas tu?
MARQUES. *(Desconcertado.)* Yo... no sé... bien...
¿Julio?
CONDE. ¡Julio!
MARQUES. ¡Ira del cielo!
¿Con que ha muerto?
CONDE. En desafío.
¡Quizás la infamia y el dolo!...
MARQUES. ¿No bastaba un hijo solo,
si no dos?
MARQUESA. ¡Jesus!
PURA. ¡Dios mio!
CONDE. Lagarejos le matò.
ANDRES. ¿Lagarejos?
CONDE. ¡Esto es!
Y le mató, por que Andrés
á la cita no acudiò.
ANDRES. Señor conde, no asistí...
El huérfano me ocupaba.
CONDE. ¿Era él de quien hablaba
mi hermano?
MARQUES. *(Mirando á Andrés.)* No acierto...
CONDE. *(Al Marqués, con violencia.)* Dí.
MARQUES. Yo, Leon, me he referido
á ese desgraciado duelo.
Si hay consuelo...
CONDE. No hay consuelo,
por que tu mismo has mentido.
¿El huérfano? ¿Aun callada
sigue vuestra boca?
MARQUES. ¡Oh!...

CONDE. Decid que le sucedió.
¿Que le ha sucedido?

ESCENA ÚLTIMA.

EL DOCTOR.—DICHOS.

DOCTOR. Nada.
Que se ha prolongado el susto;
que el indulto conseguimos,
y que nosotros sufrimos
el mas tremendo disgusto.
MARQUES. ¿Luego el fúnebre doblar?...
DOCTOR. Fué un sacristan inesperto,
que empezó á tocar á muerto
cuando debió repicar.
MARQUES. ¡Doctor!...
DOCTOR. Julio se batió
con mi amigo Lagarejos,
por que hallándose Andrés lejos
en insultarle insistió.
Eligió Julio la espada
con desenlace mortal;
y al fin la arteria humeral
le abrieron de una estocada.
Muchos le creyeron muerto
y al punto se propaló.
CONDE. Eso dicen.
DOCTOR. Pero yo,
soy doctor, y no inesperto.
Aunque no me era simpático,
la sangre le restañé,
pués á la herida apliquè
mi imponderable hemostático.
No hay peligro.
CONDE. La leccion
le servirá...
DOCTOR. De modelo,

para aplaudir con anhelo
la perfecta educacion.

CONDE. Si no hay otra novedad...

DOCTOR. Considere su excelencia,
corregida la eminencia
de su irascibilidad.

PURA. Mamá, que dicha ¿no ves
como recojen el vuelo
mis pájaros? *(Mirando al jardin.)*

MARQUESA. *(Se lo entrega.)* Y el pañuelo,
dáselo, hija mia, á Andrés.

CONDE. Doctor, cuente usted con migo;
yo hablaré de su hemostático.

DOCTOR. Es ya mas que problemático,
que se lo deba à otro amigo.
—Chico, vas á gobernar, *(A Andrés.)*
todo Madrid lo asegura.

ANDRES. No aceptaré.

MARQUES. ¡Que locura!
Debes Andrés aceptar·
que cuando sana intencion
y enseñanza verdadera
hay del gobierno en la esfera,
mejora toda nacion ;
y mas de fijo se alcanza,
en favor del bien hacer,
en un dia de poder,
que en cien dias de enseñanza.
Vas á gobernar, y advierte,
querido Andrès, por tu vida,
que me dejes abolida
la inícua pena de muerte ;
por que sus trances fatídicos
demuestran á la razon,
que constantemente son
asesinatos jurídos,
"El Huérfano" es un ejemplo
de la injusticia social ;
pero en mas de un criminal,
lo propio que en él contemplo.

¡Si ocurriese un caso anàlogo,
respeta, en todos conceptos,
el quinto, entre los preceptos
que nos impone el decâlogo!

FIN DEL DRAMA.